



El libro Esenio  
de la  
**C**reación

*Dr. Edmond Bordeaux Székely*



*El Sueño Eterno  
nace en las alas de la Luz sin edad  
que desgarrar el velo de lo impreciso  
y atraviesa el tiempo,  
tejiendo ininterrumpidas formas de ser.  
El misterio permanece mudo.  
El significado de la peregrinación,  
    la aventura interminable de la existencia,  
cuya prisa a lo largo del cielo  
    se inflama en innumerables  
    senderos circulares.  
Hasta que el último saber  
destellee emergiendo del crepúsculo  
    en la infinitud del Espíritu Humano,  
    y en esa aurora de luz difusa  
ella, sin hablar, observe atentamente  
a través de la grieta en la niebla  
    la visión de la Vida y el Amor  
que emergen del tumulto de profundo  
    Dolor y Alegría.*

Rabindranath Tagore

## **El sendero de la conciencia**

Hay tres senderos que conducen a la verdad. El primero es el sendero de la conciencia, el segundo el de la naturaleza, y el tercero el de la experiencia acumulada por generaciones anteriores que recibimos en forma de grandes obras maestras de todas las épocas. Desde tiempos inmemoriales el hombre y la humanidad han seguido estos tres senderos.

El primer sendero hacia la verdad, el sendero de la conciencia, es el seguido por los grandes místicos. Considera que la conciencia es la realidad más inmediata para nosotros y es la clave del universo. Es algo que está en nosotros, que Es nosotros. Y a través de todas las épocas los místicos han descubierto que las leyes de la conciencia humana contienen un aspecto que no se encuentra en las leyes que gobiernan el universo material.

Existe una cierta unidad dinámica en nuestra conciencia, en la que uno es al mismo tiempo muchos. Nos es posible tener simultáneamente diferentes pensamientos, ideas, asociaciones, imágenes, memorias e intuiciones que ocupan nuestra conciencia en fragmentos de minutos o de segundos, sin embargo esta multiplicidad constituirá aún una sola unidad dinámica. Por lo tanto las leyes de las matemáticas que son válidas para el universo material y son una clave para su comprensión no serán válidas en el campo de la conciencia, en el que dos y dos no son necesariamente cuatro. Los místicos encontraron también que las medidas de espacio, tiempo y peso, universalmente válidas en la naturaleza y en todo el universo material, no son aplicables a la conciencia, en la que a veces unos pocos segundos parecen horas o viceversa.

Nuestra conciencia no está en el espacio y por lo tanto no puede ser medida en términos espaciales. Tiene su propio tiempo que frecuentemente es la atemporalidad, por lo que las medidas temporales no pueden aplicarse a la verdad alcanzada por este sendero. Los grandes místicos descubrieron que la conciencia humana, además de ser la realidad más inmediata e interior para nosotros, es al mismo tiempo nuestra fuente más cercana de energía, armonía y conocimiento. El sendero de la verdad que conduce a la conciencia a través de ella produjo las grandes enseñanzas de la humanidad, las grandes intuiciones y las grandes obras maestras a través de todas las épocas. Tal es entonces el primer sendero hacia la verdad o la primera fuente de ella, como las tradiciones esenias la comprenden y la interpretan.

Desafortunadamente las magníficas intuiciones originales frecuentemente pierden su vitalidad en el transcurso de las generaciones, y muy frecuentemente sus valores se petrifican en instituciones y jerarquías organizadas. Las intenciones puras son ahogadas por las arenas del tiempo, y eventualmente tienen que ser desenterradas por los buscadores de la verdad capaces de penetrar en sus esencias.

Otro peligro es el de que las personas que siguen este sendero -el sendero de la conciencia- hacia la verdad, pueden caer en exageraciones. Llegan a pensar que este es el único sendero hacia la verdad y desprecian los demás. Muy frecuentemente, también, aplican las leyes específicas de la conciencia humana al universo material en el que carecen de validez, e ignoran las leyes propias de esta última esfera. El místico a menudo se crea a sí mismo un universo artificial, cada vez más alejado de la realidad, hasta que termina por vivir en una torre de marfil, con lo que pierde contacto con la realidad y con la vida.

## **El sendero de la Naturaleza**

El segundo de los tres senderos es el sendero de la naturaleza. Mientras el primer sendero, el de la conciencia, comienza en el interior y desde ahí penetra en la totalidad de las cosas, el segundo sendero toma el camino opuesto. Su punto de partida es el mundo externo. Es el sendero del científico, y ha sido seguido en todas las épocas por la experiencia y la experimentación, por el uso de los métodos inductivo y deductivo. El científico, al trabajar con medidas exactas, mide todo en el espacio y en el tiempo, y hace todas las correlaciones posibles.

Con el telescopio penetra en el remoto espacio cósmico, en los diversos sistemas solares y galácticos; por medio del análisis del espectro mide los elementos que constituyen los diferentes planetas en el espacio cósmico y por el cálculo matemático predice los movimientos de los cuerpos celestes. Al aplicar la ley de causa y efecto, el científico establece una larga cadena de causas y efectos que le ayudan a explicar y a medir el universo y la vida.

Pero el científico como el místico, cae algunas veces en exageraciones. Aunque la ciencia ha transformado la vida de la humanidad y ha creado grandes valores para el hombre en todas las épocas, no ha podido encontrar una satisfacción completa en la solución final de los problemas de la existencia. El científico tiene una larga cadena de causas y efectos asegurada en todos sus eslabones, pero no tiene idea de qué hacer con el extremo de la cadena. No tiene un punto fijo al que asegurar la cadena, y así por el sendero hacia la verdad a través de la naturaleza y el universo es incapaz de dar respuesta a las grandes preguntas relativas al principio y al fin de las cosas.

Los más grandes científicos reconocen que en el campo metafísico más allá de la cadena científica hay algo más -que continúa en el extremo de la cadena. No obstante, hay científicos dogmáticos que niegan cualquier otro enfoque de la verdad que el suyo, que rehusan atribuir realidad a los hechos y los fenómenos que no se ajustan a sus categorías y clasificaciones.

El sendero hacia la verdad a través de la naturaleza no es el del científico dogmático, así como el primer sendero no es el del místico unilateral. La naturaleza es un gran libro abierto en el que puede encontrarse todo, si aprendemos a extraer de él la inspiración que ha dado a los grandes pensadores de todas las épocas. Si aprendemos su lenguaje, la naturaleza nos revelará todas las leyes de la vida y del universo. Es por esta razón que todos los grandes maestros de la humanidad se retiraron a la naturaleza -Zaratustra y Moisés a la montaña, Buda al bosque, Jesús al desierto- y siguieron así este segundo sendero al igual que el de la conciencia. Los dos senderos no se contradicen, sino que se complementan el uno al otro armoniosamente en el conocimiento pleno de las leyes de ambos. Fue así como los grandes maestros alcanzaron verdades maravillosas y profundas que han dado inspiración a millones a través de los milenios.

## El sendero de la cultura

El tercer sendero hacia la verdad, es el de la sabiduría, el conocimiento y la experiencia adquiridos por los grandes pensadores de todas las épocas y transmitido a nosotros en forma de grandes enseñanzas, los grandes libros y las escrituras sagradas, y las obras maestras de la literatura universal que juntos forman lo que hoy llamaríamos la cultura universal. En breve, nuestro enfoque de la verdad es triple: a través de la conciencia, la naturaleza y la cultura. En los capítulos siguientes seguiremos el tercer sendero hacia la verdad y examinaremos una parte de uno de los grandes libros sagrados -el Antiguo Testamento- tomando los capítulos iniciales del Libro del Génesis, que narra la historia de la creación.

Hay diferentes formas de estudiar estos grandes libros de la humanidad. Una -la de los teólogos y de las iglesias organizadas- es la de considerar cada texto literalmente. Esta es la forma dogmática que es el resultado de un prolongado proceso de petrificación, por el que las verdades son transformadas en dogmas.

Cuando el teólogo sigue este fácil pero unilateral sendero, se tropieza con interminables contradicciones y complicaciones, y llega a una conclusión muy alejada de la verdad como la del científico dogmático que los rechaza como totalmente carentes de valor y sin validez alguna. Los enfoques del teólogo dogmático y del científico exclusivista representan dos extremos.

Un tercer error es el de creer, como lo hacen ciertos simbolistas, que estos libros poseen únicamente un contenido simbólico y no son otra cosa que parábolas. Con su forma particular de exageración estos simbolistas hacen miles de diferentes y bastante contradictorias interpretaciones de los grandes textos. El espíritu de las tradiciones esenias se opone a estas formas de interpretar los grandes libros de la humanidad y sigue un enfoque enteramente diferente.

El método esenio de interpretación de estos libros es, por una parte, el de ponerlos en correlación armoniosa con las leyes de la conciencia humana y de la naturaleza, y por el otro, considerar los hechos y las circunstancias de la época y el ambiente en que fueron escritos. Este enfoque toma también en cuenta el grado de evolución y de comprensión de las personas a las cuales el maestro particular dirigía su mensaje.

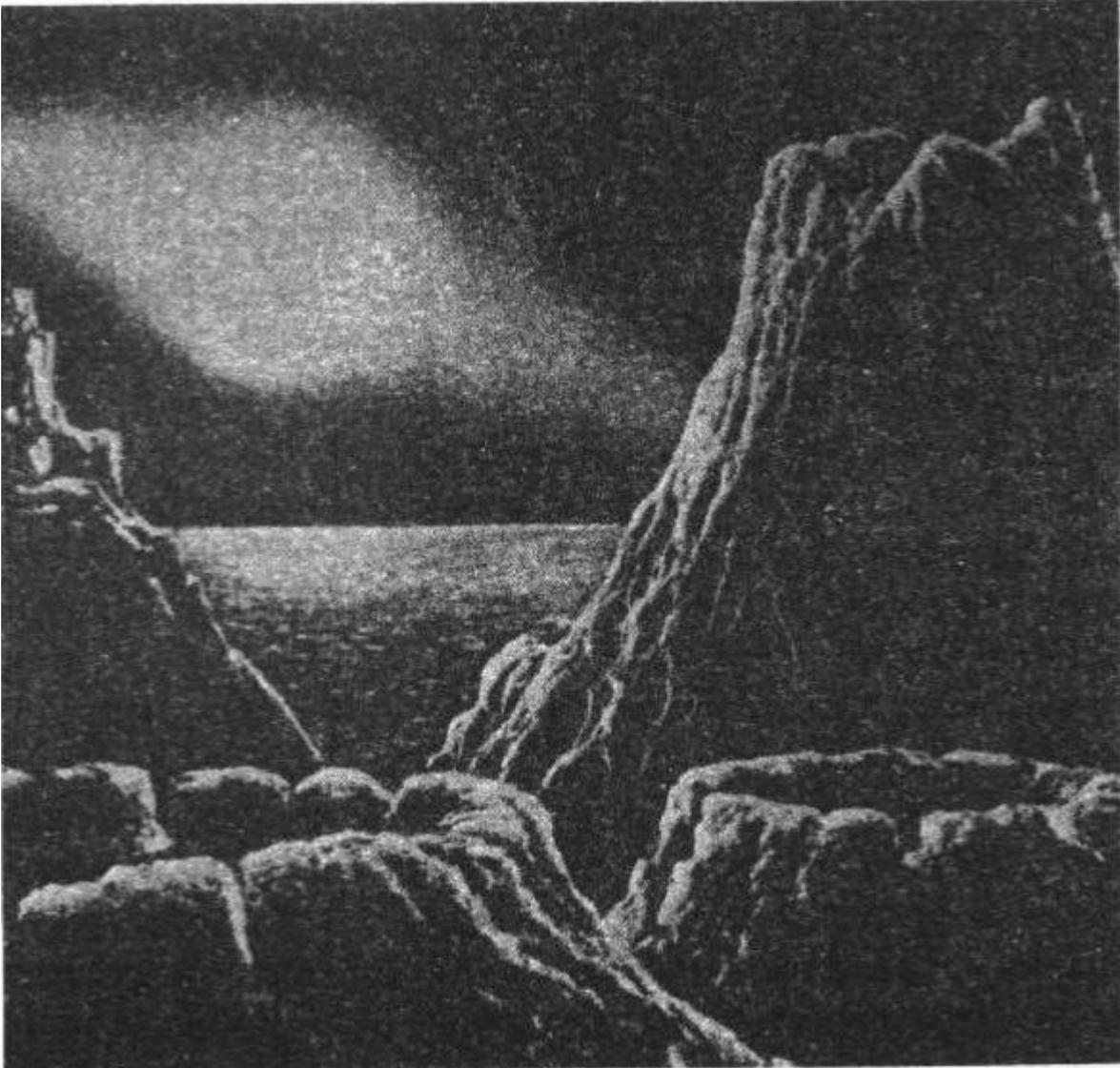
Como todos los grandes maestros han tenido que adaptar su enseñanza al nivel de su audiencia, encontraron necesario formular una enseñanza tanto exotérica como esotérica. El mensaje exotérico era comprensible a las personas en general y se expresaba en términos de diversas reglas, fórmulas y rituales correspondientes a las necesidades básicas de los pueblos y de la época en cuestión. Paralelas a ésta, la enseñanza esotérica comprendía la expresión completa y perfecta de la verdad para beneficio de aquellos pocos en cada período que estaban lo suficientemente avanzados para recibir la totalidad. Estas enseñanzas esotéricas han sobrevivido a través de los tiempos parcialmente como tradiciones secretas y parcialmente como tradiciones vivientes no escritas, libres de forma, rituales, reglas o dogmas, y en todas las épocas han sido mantenidas vivas y han sido practicadas por una pequeña minoría.

Es en este espíritu de interpretación de la verdad que el libro del Génesis será examinado en las páginas siguientes.

Al rechazar los métodos dogmáticos de una interpretación literal y puramente científica, así como la exageración de los simbolistas, trataremos de interpretar la narración del Génesis a la luz de nuestra conciencia y de la naturaleza, y en armonía con las grandes tradiciones de los esenios, a cuya hermandad perteneció el autor del mismo Génesis.

El primer libro de Moisés -del que el Génesis es el comienzo- fue escrito en hebreo y forma parte de la escritura canónica adoptada por la iglesia en los primeros siglos de la era cristiana. No obstante, hay otro texto hebreo, el Libro de la Creación, que fue considerado apócrifo por la iglesia católica y no tuvo la aprobación de los sínodos. En

nuestra interpretación consideraremos el texto oficial al lado del Libro Esenio de la Creación y haremos las comparaciones necesarias.



## La creación del Cielo y de la Tierra

El primer capítulo del Génesis se abre con las palabras: "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra". El Libro Esenio de la Creación, por otra parte, dice algo muy diferente: "Sin principio, la Ley crea el pensamiento y la vida". "Sin principio", en lugar de "En el principio", y en lugar de "Dios" el hebreo "Tetragammaton" que, de acuerdo con las tradiciones esenias, significa la Ley. El texto esenio tiene "crea" en presente en lugar de "creó" en pasado, mientras que "cielo" está reemplazado por "pensamiento" y "tierra" por "vida" o "materia viviente". Estas palabras iniciales del Génesis han sido el tema de una vasta literatura y de mucha controversia; valdrá por tanto la pena considerar cada palabra tanto en el texto exotérico como en el esotérico.

### *"En el principio"*

Las palabras "En el principio" con que comienza el texto oficial son en realidad carentes de sentido. No marcan ningún período concreto de tiempo, y aún si se supiera que indican una cierta fecha o punto en el tiempo, no pueden tener tal significado en relación con el universo, pues éste no tiene principio. Las medidas de espacio y de tiempo pueden aplicarse a partes del universo, pero, a pesar del creciente conocimiento y continua penetración en el espacio cósmico, la ciencia ha sido incapaz de descubrir límites espaciales o temporales para el universo. Existe la misma eternidad tanto detrás como delante de nosotros. La existencia del esotérico Libro Esenio de la Creación con el uso de la expresión "Sin principio" -y este texto es mucho más antiguo que el del Génesis- demuestra que "En el principio" no fue la frase originalmente usada.

Con las grandes enseñanzas hay una tendencia a rebajarlas al nivel de la comprensión popular. Como la expresión "Sin principio" no es fácilmente comprensible por la persona ordinaria que no ha sido adiestrada para pensar con profundidad, fue cambiada por la jerarquía oficial a una inmediatamente comprensible para todos -"En el principio". El cerebro humano está acostumbrado a pensar en principios. Hay un principio del día y de la noche; de un año o de un día de fiesta. Y todas las actividades humanas tienen su principio. Por lo tanto la frase "En el principio" es una concesión a la estereotípica mente humana. Pero el universo como un todo no puede ser medido en términos de "principio".

### *"Dios"*

La palabra siguiente en el texto exotérico es "Dios". El primer capítulo del Génesis nos dice que Dios creó al hombre a su imagen, pero la historia a través de las épocas revela el proceso contrario, por el que el hombre está continuamente creando dioses. Los diferentes pueblos en diferentes períodos han hecho ídolos que han identificado como dioses. A veces tomaron a una roca por un dios, o una planta, un animal, un árbol; a veces era la tierra misma. O creían que el sol o la luna eran dioses, o una cierta estrella o constelación.

Otras veces, los hombres tuvieron a un río por un dios, o al viento o a un huracán. O aún al océano. En todas las épocas ha caído en el error corriente de identificar a Dios como una manifestación; de dar a Dios una forma concreta y limitar la divinidad a alguna cosa concreta, natural o artificial. Cuando la palabra "Dios" es usada en el Libro Esenio de la Creación, no es en ninguno de estos sentidos.

En una época posterior el hombre creó a Dios a su imagen y lo concibió como un digno anciano, que vive entre las nubes, que piensa como piensa el hombre, se enoja como se enoja el hombre, y que castiga y premia de acuerdo con sus humores eternamente cambiantes. Se pensó que Dios no era sino un hombre de gran tamaño, que poseía poder

y conocimiento superiores. El Libro Esenio de la Creación no describe tal Dios antropomórfico.

Luego, al evolucionar nuevamente la filosofía y la historia del pensamiento humano, las diferentes escuelas metafísicas crearon diferentes dioses de acuerdo con sus razonamientos, su lógica y su imaginación. Algunos sistemas metafísicos consideran a Dios como un poder, mientras que otros sostienen que es amor, o sabiduría o verdad. Grandes filósofos han dicho que Dios es la naturaleza o el universo mismo. Otros han sostenido que Dios es la razón. Todos estos sistemas filosóficos o metafísicos caen en el error de identificar a Dios con una manifestación abstracta e inmaterial. Limitan a Dios tanto como la idolatría primitiva con sus formas concretas y materiales. En su interpretación de Dios, el Libro Esenio de la Creación no se limita a una manifestación ni material ni inmaterial.

En el texto esenio antiguo, Dios es siempre mencionado en relación con la palabra "Ley". A través de las épocas, esta palabra ha adquirido diversos significados. En el presente, desafortunadamente, sugiere algo bastante diferente a lo que significó hace miles de años. En primer lugar, no significa alguna regla hecha por el hombre, el edicto de un rey, dictador o parlamento. La ley en este sentido es usualmente diferente en cada época y en cada país.

Están también las leyes científicas relacionadas con la naturaleza y con el universo material; éstas, también varían según la época y el progreso de la humanidad.

Las leyes científicas de hace cien años ya no son las leyes de hoy, y las leyes científicas del presente habrán desaparecido dentro de un siglo. ¿Qué significa esto? No significa que las leyes de la vida, del universo y de la vida no sean las mismas hace cien o mil años o dentro de miles de años. Estas leyes tienen la misma validez en el pasado, ahora y en el futuro. Significan únicamente que nuestra concepción de estas leyes cambia constantemente al aumentar nuestro conocimiento, que se hace cada vez más unilateral.

La historia del pensamiento humano y la historia de la filosofía, así como de las ciencias, no consiste sino en una larga serie de leyes establecidas por el hombre frente a los aspectos permanentemente cambiantes de una y la misma realidad. Es evidente que las tradiciones esenias no se refieren ni a las leyes sociales hechas por el hombre ni a las leyes científicas hechas por el hombre, cuando hablan de la Ley en relación con Dios.

De acuerdo con los esenios y los grandes pensadores de todos los tiempos, la Ley está por doquier y detrás de todo. Hay una Ley según la cual una piedra cae, las montañas y los mares son formados, el sol y la luna se mueven. De acuerdo con ella la tierra gira, los sistemas solares surgen y desaparecen, los átomos y las moléculas tienen movimiento. Todas las manifestaciones de la vida aparecen, se transforman y desaparecen de acuerdo con la Ley, y es así como las ideas, nociones, sensaciones, intuiciones y los problemas lógicos siguen el uno al otro en un flujo infinito en nuestra conciencia.

Todo cuanto existe, concreta o abstractamente, material o inmaterialmente, sigue a la Ley. Es esta Ley, detrás de todo y siempre presente gobernándolo todo, lo que los esenios simbolizaron en su antiguo texto. Posteriores interpretaciones identificaron esta Ley con algo limitado, unilateral e imaginario, pero como fue concebida originalmente estaba sobre todas las limitaciones y no tenía forma como no la tiene una ecuación matemática. Es omnipresente; también es omnipotente, porque todo cuanto ocurre en el universo está gobernado por la Ley y tiene lugar de acuerdo a ella. Aún más, es omnisciente, porque en ella está contenida la totalidad de las leyes que gobiernan todas las cosas y la totalidad del conocimiento de todo el universo, unilateral e ilimitado. En una palabra, esta Ley contiene todas las cualidades y atributos dados a Dios en todas las épocas por todas las religiones y todos los sistemas científicos y filosóficos.

Puede objetarse que con esta interpretación de Dios, la Ley eterna y universal, es impersonal, demasiado fría y lejana. Esta concepción no se adapta a la imagen popular de un Padre celestial que está en relación afectuosa e íntima con nosotros, que nos protege y nos ayuda en la desgracia, y toma un interés personal en nuestra vida. Pero tal objeción está basada en la mala interpretación y en la omisión de apreciar la Ley en toda

su plenitud. La Ley es nuestra maestra, que nos dice todo cuanto debemos y tenemos que saber. Nos demuestra todos los días las verdades sobre las que se basan nuestras vidas. Al enseñarnos, la Ley nos protege al mismo tiempo. Nos guía con seguridad a través de problemas y obstáculos, a través de dificultades, y siempre nos muestra el camino y la solución. La Ley se toma interés en nuestras vidas y actividades, pues nos recompensa cuando quiera y donde quiera que actuemos y vivamos de acuerdo con ella. La Ley nos recompensa mejor que un padre, pues la Ley no comete errores. Es nuestro mejor maestro, guía y protector. Cuando nos desviamos de la Ley somos castigados como por un padre, pero en verdad el castigo nos viene, no de la Ley, sino de nosotros mismos.

Nos castigamos cuando nos desviamos de la Ley, porque la Ley es buena; no sólo es omnipresente, omnipotente y omnisciente, es también toda amante. La Ley nos ama aún cuando nos alejemos de ella y creemos nuestro propio castigo. Y este castigo no es negativo, sino sirve un propósito positivo y crea un valor positivo. Por nuestra desviación y sus consecuencias adquirimos el conocimiento y la experiencia de tal modo que a través de una derrota temporal creamos las precondiciones para una victoria futura. La Ley está en nosotros: cuanto sucede en nuestro cuerpo o en nuestra conciencia sucede de acuerdo con ella.

Pues la Ley es omnipresente y, dondequiera que estemos, nosotros mismos somos manifestaciones de la Ley. Somos parte de ella, así como una gota de agua es parte del océano. La Ley no es una fuente de energía, conocimiento y armonía. Trabajamos con ella cuando nos hacemos conscientes de ella, la comprendemos y la usamos. Tal es la Ley, por medio de la que los expresaban a Dios en sus antiguos textos.

### "Creó"

La palabra siguiente en el primer versículo es "creó". El hombre ha imaginado el proceso de la creación en formas diferentes en las épocas diferentes, pero siempre en forma limitada.

Algunos creen que la creación fue un acto instantáneo realizado por un ser diversamente interpretado, un acto limitado a una cierta parte de la naturaleza o del universo, a una cierta parte del espacio y del tiempo. El hombre siempre se ha inclinado a pensar en la creación como un acto humano magnificado, similar al de construir una casa. Pero, de acuerdo con las tradiciones esenias, la creación es continua y eterna, infinita en el espacio y en el tiempo. Sucede hoy como siempre ha sucedido y siempre sucederá: es un proceso eternamente presente y universal. No está limitado a este planeta ni a los habitantes del planeta.

Ilimitado en el tiempo, el espacio y la forma, la creación continua está por doquiera en el universo infinito. La concepción esenia antigua de la creación es afirmada por la cosmología y la filosofía contemporáneas. La astrofísica y la astroquímica han demostrado que hay inmensas áreas en el espacio cósmico en las que la materia está en formación, en las que en todo momento la materia y la energía están siendo creadas en una infinita variedad de aspectos.

Aparte del universo material, está la creación que se sucede continuamente en la conciencia humana: independientemente del espacio y del tiempo, los pensamientos están siendo constantemente creados.

Los grandes músicos crean sinfonías y los grandes pintores crean cuadros que existen en su conciencia humana así como en el universo material. Al trabajar con la Ley, al ser parte de la Ley, somos cocreadores con ella. Tal es la concepción que se encuentra en el Libro Esenio de la Creación que fue compuesto mucho antes que el primer libro de Moisés. Este último -también escrito en hebreo- es la expresión e interpretación exotérica del Libro de la Creación que se originó con Moisés.

## *"El cielo y la tierra"*

De lo que ya se ha dicho, quedará claro que en esta frase la palabra "tierra" no significa únicamente nuestro planeta, y que "cielo" no significa tan sólo el firmamento. Como lo sabemos por la astronomía egipcia, babilonia, persa y sumeria, los antiguos esenios en general y Moisés en particular, quienes poseían el conocimiento astronómico formado por estas tradiciones, sabían que la tierra no es el único planeta del universo. Sabían que había otros planetas en nuestro sistema solar, e innumerables sistemas solares en nuestra galaxia, y un infinito número de galaxias gigantes en el universo infinito.

Es evidente que los esenios no limitaron la creación continua de la Ley a nuestra tierra -una partícula en el universo. Cuando usaban la expresión "tierra", quisieron decir la suma total de los planetas que existen en el espacio cósmico. El término preciso que usaban -"materia viviente"- se explica por su concepción de la vida y de la materia. Los textos esenios antiguos hacían una distinción esencial entre la materia orgánica viviente y la materia inorgánica.

Desde el punto de vista del Libro de la Creación, toda materia inorgánica contiene en sí la potencialidad de la vida, y siempre que dondequiera existan las precondiciones de vida, la materia inorgánica se convertirá en materia orgánica, viviente. Como la potencialidad llegará a ser una realidad, amalgamaban dos expresiones "materia" y "vida" en un término único, "materia viviente". Por la palabra "tierra" usada en el texto exotérico, los esenios entendían la suma total de los planetas y de las formas de vida en esos planetas. El Libro Esenio de la Creación usó la expresión "océano cósmico de vida" para designar esta totalidad.

Veamos la palabra "cielo". Con esta expresión los esenios no quisieron decir el cielo o firmamento que circunda a nuestro planeta. De acuerdo con el Libro Esenio de la Creación de Moisés, existe, además el océano cósmico de vida que los esenios llamaron el "océano cósmico de pensamiento". De acuerdo con sus tradiciones, los pensamientos y las corrientes de pensamiento creados por las razas dominantes en todos los planetas forman un océano cósmico inmaterial. Así como nuestra conciencia no es material, así nuestros pensamientos no son materiales. Los antiguos esenios no sólo consideraban la materia viviente como una función cósmica no limitada a nuestro planeta, sino que consideraban el pensamiento como una función cósmica no limitada a nuestro planeta ni al hombre que vive en él.

De acuerdo con las tradiciones esenias, las corrientes de pensamiento creadas continuamente por la Ley a través de cada individuo en todos los planetas que contienen formas de vida forma parte de un poderoso océano cósmico no material. Este océano cósmico propaga una forma de energía cósmica a una velocidad mayor de la luz, el sonido, la electricidad o el magnetismo: representa la energía más poderosa en el universo. Existe una interacción omnipresente y omnipotente entre este océano cósmico de pensamiento y todos los seres pensantes en todos los planetas.

Este océano de pensamiento es constantemente nutrido y enriquecido por todas las conciencias, por todos los seres pensantes en todos los planetas, y a su vez este océano cósmico nutre y enriquece la conciencia de todos los seres pensantes de acuerdo con la Ley omnipresente, omnipotente y omnisciente. De acuerdo con el Libro Esenio de la Creación, existe una solidaridad universal entre todas las formas de vida en todos los planetas en el universo y entre todos los seres pensantes en todos los planetas. El océano cósmico de vida y el océano cósmico de pensamiento forman una unidad dinámica de acuerdo con la Ley, y somos parte de esa unidad. Tal es, entonces, lo que el Libro Esenio de la Creación entiende por la palabra "cielo". "Sin principio, la Ley crea pensamiento y materia viviente".

## La creación de la luz, las tinieblas y el firmamento

El segundo versículo del Génesis es el más importante y al mismo tiempo el versículo más difícil del Antiguo Testamento, pues trata de expresar lo inexpresable, explicar lo que no puede ser explicado, hacer comprensible el principio de lo sin principio, de la existencia. Todos los grandes libros sagrados han luchado con este problema esencial pero aparentemente insuperable.

El "Rig Veda", el libro más antiguo de la India, trata de este problema en su Himno de la Creación:

*La muerte entonces no estaba,  
ni nada había inmortal.  
Aquello sin aliento, respiraba por su naturaleza:  
Aparte de ello lo que fuese nada había.  
Todo lo existente era vacto y sin forma:  
¿Qué había por encima  
y qué por debajo entonces?  
¿Quién ciertamente lo sepa y declararlo pueda?  
¿De dónde nació y de dónde viene esta creación?  
Los dioses posteriores fueron  
la producción del mundo.  
¿Quién sabe, entonces, en donde comenzó  
la existencia?  
El, primer origen de esta creación,  
si la formó o no,  
cuyo ojo controla el mundo desde el empíreo,  
El ciertamente lo sabe, o quizá no...*

Si deseamos comprender éste, el más grande de todos los problemas, el principio de lo sin principio, no debemos aplicar la misma medida de pensamiento que generalmente aplicamos a las cosas limitadas en el tiempo y en el espacio. Por el contrario, tenemos que tratar de concebir las cosas no como terminadas y completas, sino como una realidad en actividad dinámica permanente, una realidad que no existe, sino que se mueve y vive. Esta realidad viviente no puede ser hecha estática al hacer un corte en ella para la satisfacción de la mente humana. Tan pronto como se hace un corte, se crea una limitación. Entonces tenemos algo que tiene extremos en el tiempo y en el espacio, algo que nunca fue, como los cortes en las plantas y árboles en los libros de texto botánicos. En realidad, la planta o el árbol están en un estado de pleno vigor vital, pero cuando se les corta y se hace un segmento en ellos, ya no viven más. Tal corte es hecho tan sólo con el propósito de examinar los detalles de la planta o del árbol y de comprender sus diferentes correlaciones estáticas.

Un principio análogo opera en el problema de la creación. Generalmente los grandes libros sagrados de la humanidad tratan -muy frecuentemente en el primer capítulo- de explicar con palabras limitadas para las mentes limitadas algo que nunca existió -el principio del universo, el principio de la existencia, el principio de lo sin principio. Hace un corte en la realidad y la presentan a los lectores como lo máximo que éstos puedan comprender.

El libro crea un corte en el universo para proporcionar un medio de expresión que esté dentro de la comprensión de la inteligencia ordinaria. Tales pasajes en los grandes libros de la humanidad deben por tanto ser considerados como concesiones hechas por el maestro en particular, en un esfuerzo por presentar en forma limitada y comprensible lo que es inconcebible -el principio de lo sin principio.

Para penetrar en el significado esotérico del segundo versículo del Génesis y de las líneas del "Rig Veda", nos dirigiremos a la parte correspondiente del Libro Esenio de la

Creación. Los primeros versículos de esta obra tratan del origen y de la evolución del universo espiritual sin principio y sin final, así como del origen de la evolución del universo material, y continúan describiendo los diferentes tipos de evolución en nuestro planeta y en la vida terrestre.

En el Libro Esenio de la Creación, los versículos 2 y 3 del primer capítulo del Génesis se encuentran pero en orden inverso. La frase "Y Dios dijo: 'que haya luz' y hubo luz", es interpretada generalmente por los críticos de la Biblia (que descuidan el significado esotérico del texto) de acuerdo con la letra y no de acuerdo con el espíritu. Toman el texto literalmente, creyendo que se refiere a la luz óptica, y en consecuencia son llevados a decir que es absurdo hablar de luz antes de que el sol y la luna fueran creados. En el Libro Esenio de la Creación, la luz tiene dos aspectos y, por lo tanto, dos significados: primero, es el océano cósmico eterno de pensamiento y conciencia cósmica; segundo, es la conciencia humana como una parte individualizada del eterno océano cósmico de pensamiento.

De acuerdo con el Libro Esenio de la Creación, esta conciencia cósmica es el fundamento del universo espiritual y gobierna todas las manifestaciones de la vida en todos los planetas del espacio cósmico. Todo cuerpo pensante está en una comunión interior con él; de él múltiples corrientes de pensamiento entran a cada cuerpo pensante, y hacia él tienden los pensamientos de todos los seres de los planetas. Tal es la luz a la que se refiere el Libro Esenio de la Creación. Es evidente que este eterno océano cósmico de pensamiento precedió a la formación de nuestro planeta. Estos primeros versículos del Génesis y del Libro Esenio de la Creación tratan primero del universo espiritual y del universo material y luego hablan de la formación y de la evolución de la tierra, nuestro planeta. El texto en el Libro de la Creación es muy similar al del Génesis: "Y la tierra era informe, y vacía; y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo". Las tinieblas en el Libro Esenio de la Creación, es la ausencia de conciencia, de pensamiento. En la fase inicial de la evolución de nuestro planeta no había seres vivientes de ninguna clase, y por consiguiente, ninguna conciencia; el hombre todavía no había aparecido.

"Y el espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". Todo alrededor de esta informe parte de una nebulosa, que apenas comenzaba a condensarse, estaba el espíritu de Dios. El eterno océano cósmico de pensamiento "movíase sobre la faz de las aguas". Pero las precondiciones de la vida no habían aparecido en esta etapa primitiva de la vida y de la evolución del planeta, ni estaban presentes las precondiciones del pensamiento y de la conciencia. En otras palabras, había aún tinieblas sobre ella, pero el eterno océano cósmico de pensamiento -el espíritu de Dios que se movía sobre las aguas- circundaba este planeta en estado embrionario.

En el versículo 4 del Génesis, "Dios separó la luz de las tinieblas". En el Libro Esenio de la Creación aparece esta línea y se aplica al universo entero. El mismo pensamiento y las mismas palabras ocurren en otro gran libro sagrado de la humanidad -el Zend Avesta de Zaratustra. El primer capítulo del Zend Avesta habla de dos reinos en el universo -el universo espiritual así como el material- y estos son el reino de las tinieblas (Ahriman)<sup>1</sup>. Ormuzd y Ahriman son términos zoroástricos. Las diversas interpretaciones de la cosmología avéstica hicieron caer a occidente en el mismo error de considerar que el reino de la luz de Ormuzd, representaba el bien, y el reino de Ahriman el mal. El Zend Avesta no dice tal cosa. De acuerdo con él, el reino de Ahriman no representa otra cosa sino la ausencia de la luz que contiene todas las precondiciones y potencialidades de la luz -en el sentido esotérico, la ausencia de la conciencia. En el infinito espacio cósmico hay en todo momento millones de sistemas solares y de planetas en proceso de formación, en los que las precondiciones de la vida, del pensamiento y de la conciencia no existen todavía. En ellos hay "tinieblas", la ausencia de la luz o de la conciencia.

Pero tan pronto como un planeta alcanza el grado de evolución en el que aparecen las razas dominantes con sus cuerpos pensantes, entonces la luz entra en él desde el infinito

---

<sup>1</sup> Ver *The Essene Book of Asha y Archeosophy*, a New Science del mismo autor, así como su traducción de mayor éxito del *Zend Avesta de Zaratustra*

océano del universo. La división de los universos espiritual y material en los reinos de la luz y de las tinieblas no sólo se encuentran en la Biblia y en el Zend Avesta, sino en todos los libros sagrados de la humanidad. Cuando el Génesis expresa que "Dios separó la luz de las tinieblas", se refiere a este principio básico de la luz universal y de las tinieblas universales que poseen todas las potencialidades de la luz y que están destinadas a convertirse en la luz misma.

Debe observarse algo muy importante. En los tres primeros versículos del Génesis, hay referencias al agua. Las aguas -la faz de las aguas- son un motivo dominante en los ocho versos del primer capítulo del Génesis. Hay una mención similar del agua en el Himno de la Creación del Rig Veda: "Hubo agua ahí, infinitas profundidades de aguas". Y, en otro verso, "De cuando las poderosas aguas llegaron conteniendo el germen universal". La misma referencia se encuentra en el primer capítulo del Zend Avesta de Zaratustra.

¿Por qué razón tres grandes libros de la humanidad -y sus autores respectivos- todos se refieren al agua, cuando quieren explicar el universo material y el universo espiritual, la vida universal? Una de las más antiguas tradiciones esenias usa el agua en sus diversos aspectos y formas de manifestarse para explicar la complejidad y la multiplicidad de la vida universal. Esta tradición está tomada de una fuente sumeria muy antigua, donde Zaratustra la tomó para el Zend Avesta, los autores de los Vedas para el Rig Veda y Moisés para el Libro del Génesis.

Otro gran maestro, Buda, usó el agua para explicar su sistema de pensamiento a sus discípulos. Declaró que el agua fue uno de sus maestros. Cuando quería comparar el "Samsara", el flujo de la vida que gira eternamente sobre sí mismo, con el que es increado e infinito, comparaba las diversas manifestaciones de la vida con las olas del océano y los ríos que aparecen y desaparecen en el océano, la gran agua, que es siempre la misma. Esta comparación usada por Buda en un eco tardío de la antigua tradición esenia de la fuente sumeria, que consideraba la vida universal como un océano y a los individuos como ondas sobre el océano. Cualitativamente, la vida individual es esencialmente lo mismo que la vida universal, de la que es parte. Sin embargo una onda no es el océano, y el océano es más que una onda.

En todos los textos esotéricos de los libros sagrados de la humanidad los cuerpos materiales o materia son comparados con trozos de hielo sólido, que en presencia de ciertas condiciones -un cambio en la temperatura externa- serán transformados en otra clase de vida. Un trozo de hielo no puede considerarse sin vida, porque contiene las potencialidades del agua viviente. Cuando aparecen las precondiciones necesarias, será convertido en agua. En la antigua tradición esenia, el agua es comparada con el cuerpo sintiente.

Compara el océano de este planeta con la atmósfera terrestre de corrientes de sentimientos. La atmósfera circunda el planeta y en ella están los cuerpos sintientes de todos los individuos en interacción permanente. Las corrientes de pensamiento son continuamente creadas por nuestros cuerpos sintientes; estas entran a la atmósfera terrestre de sentimientos de la que a su vez reciben corrientes nuestros cuerpos sintientes. Las nubes representan la atmósfera terrestre de pensamiento que circunda nuestro planeta, hacia la que van todos los pensamientos de los cuerpos sintientes en el planeta y de la que corrientes de pensamiento son recibidas por los cuerpos sintientes. Hay una interacción dinámica permanente entre todos los cuerpos sintientes y esta atmósfera terrestre de pensamiento.

Después de explicar el universo espiritual y el universo material por medio de comparaciones, el libro del Génesis continúa narrando los diferentes grados de la evolución de nuestro planeta antes de la aparición del hombre. La intuición antigua está completamente de acuerdo con la paleontología y la geología contemporáneas en esta cuestión. La narración de Moisés de las etapas sucesivas de la evolución coincide exactamente con la dada por las ciencias modernas. Debemos de tratar de visualizar el planeta en su forma ancestral como un cuerpo ígneo y gaseoso, cubierto de vapor y rodeado por el éter cósmico. La vida apareció primero en la atmósfera entre los extremos exteriores. La esfera intermedia de vapor proporcionó la primera precondición de la vida

-una temperatura favorable. El cuerpo ígneo y gaseoso era demasiado caliente para la vida y el éter cósmico era demasiado frío. En la atmósfera cargada de vapor las potencialidades de la vida fueron traducidas en un animal molecular, la ameba.

La vida de estas amebas primitivas era sumamente corta. Tan pronto como una corriente de vapor las llevaba hacia abajo al calor extremo o hacia arriba al frío extremo, desaparecían. Al principio el espectro de vida disponible era muy estrecho y el primer paso de la vida orgánica en el planeta era precario; la vida era limitada y corta. Sin embargo esta ameba, con su breve existencia, tenía gran poder, pues de esta criatura, con unos minutos de vida y a menudo incapaz de dividirse y procrear descendientes, apareció posteriormente la raza dominante del hombre y gigantes tales como Zaratustra, Moisés, Buda, Jesús, Leonardo de Vinci, Beethoven y Shakespeare.

Por medio del trabajo de la ley de la vida, la ameba semejante a una gelatina, dio origen a una serie de organismos superiores, que incluyó una larga hilera de genios quienes no sólo transformaron el planeta material, sino que por medio del contacto con la gran fuente cósmica de conocimiento, armonía y poder, han producido grandes obras maestras de pensamiento creador -en todas las esferas del arte y de la vida.

Si consideramos esto como una demostración de la Ley, de lo que la vida puede realizar con un principio tan frágil, no buscaremos milagros, pues ninguno podrá ser más grande que éste. La extraordinaria operación de la Ley de la vida y del pensamiento es la más grande demostración de verdad que pueda pedirse. El milagro es el de que toda la maravilla de nuestro mundo ha sido realizada por esa Ley que "sin principio... crea pensamiento y vida".

En el Génesis encontramos la expresión "la noche y la mañana del primer día", y así sucesivamente hasta el séptimo día. Para una comprensión clara de estas referencias a días sucesivos, debemos volver una vez más al Libro Esenio de la Creación.

De acuerdo con éste, hubo siete ciclos en la evolución de nuestro planeta, en cada uno de los que apareció una fuerza natural diferente y comenzó a manifestar su actividad en la tierra. Por ejemplo, al aclararse la atmósfera de vapor, los rayos de sol pudieron penetrar la atmósfera terrestre e influir en la evolución de la vida. Cuando la atmósfera se aclaró aún más, apareció el agua y ocupó áreas definidas de la superficie del planeta. El aire se separó del agua, y luego empezó la vegetación -con hierbas, helechos, y eventualmente, con árboles. En los períodos evolucionarios sucesivos las diferentes fuerzas de la naturaleza entraron en acción y comenzaron a dar forma a la evolución de la vida. El capítulo primero del Libro Esenio de la Creación describe siete ciclos de la vida terrestre.

En cada ciclo aparece una nueva fuerza natural, y en conmemoración de cada ciclo, el Libro Esenio de la Creación describe una forma de comunión diseñada para poner a quien la practica en contacto con el ciclo en cuestión y su fuerza correspondiente. Estas siete comuniones conforme a los siete ciclos y fuerzas, deben ser hechas en la mañana y son llamadas "Comuniones Matinales con la Madre Terrenal". El Libro Esenio de la Creación describe las comuniones con el sol, con el aire, con el agua, y con las demás fuerzas naturales.

Paralelos a los siete ciclos de la evolución del planeta material, se describen siete ciclos en la evolución de la atmósfera terrestre de pensamiento y sentimientos, que está relacionada dinámicamente con el infinito océano cósmico de pensamiento que circunda este planeta.

De acuerdo con esta concepción cada grado más alto de la evolución material tiene su correspondiente grado de evolución espiritual del planeta, el que se manifiesta en la atmósfera terrestre de pensamiento. Siempre y dondequiera que el infinito océano cósmico de pensamiento creó una cierta precondition adicional de vida y la evolución de la vida planetaria pudo desarrollar a su vez la capacidad para recibir esta fuerza cósmica superior, se desarrollaron grados cada vez más altos de conciencia en el planeta. El Libro Esenio de la Creación describe siete ciclos de evolución espiritual de este planeta, y las siete fuerzas espirituales que, en unidad y colaboración dinámicas presidieron durante los ciclos sucesivos. Para conmemorar estos grados progresivamente más altos de la vida

espiritual, el Libro Esenio de la Creación describe siete comuniones con estas fuerzas espirituales -las "Comuniones Vespertinas con el Padre Celestial".

El propósito de las comuniones matinales y vespertinas es el de establecer contacto con las fuerzas naturales y espirituales -los esenios las llamaron "Angeles" para que pudieran servir como fuentes de energía, armonía y conocimiento. Al practicarlas se desarrolla una conciencia de unidad con ellas, y el hombre aprende a colaborar con la ley que gobierna todo. Tal es la enseñanza esotérica del Libro Esenio de la Creación en relación con los siete "días" o ciclos de la evolución planetaria a que se refiere el Génesis exotéricamente.

## La creación del hombre

De acuerdo con el Libro Esenio de la Creación, los seis primeros ciclos de la evolución de la vida en la tierra fueron seguidos por la creación del hombre por la Ley, la forma de vida más alta en este planeta. En el hombre la Ley se hizo consciente, y la conciencia de la Ley hizo al hombre a imagen y semejanza de Dios. Le dio dominio sobre toda cosa viviente sobre la tierra. Por la posesión y la manifestación de la Ley, el hombre se convirtió en el representante del Creador sobre la tierra. El texto exotérico dice que "Dios descansó en el séptimo día de toda la obra que había realizado".

De acuerdo con el texto esotérico, la Ley, el Creador, no descansó "en" el séptimo día, sino "desde el séptimo día en adelante". Desde el séptimo día le ha sido confiada al hombre la obra de creación en este planeta. De acuerdo con la versión esenia, el hombre debió haberse convertido en cocreador con Dios, con la Ley omnipresente y omnipotente que creó todas las formas de vida a través de los diferentes ciclos de la evolución de la vida en el planeta. Todo fue creado para el hombre como el representante del Creador en la Tierra.

"Y el Señor formó al hombre del polvo de la tierra". Aquí el Libro Esenio de la Creación se refiere al origen del cuerpo material del hombre. ¿Qué se quiere decir con la expresión "del polvo de la tierra"? El polvo -a primera vista un término poco halagüeño- representa todas las precondiciones materiales de un organismo, todos los elementos del planeta. Y como toda cosa viviente vuelve a la tierra, el polvo representa el fin así como el comienzo de toda la vida material en el planeta.

El versículo continúa: "...y sopló en su nariz el aliento de la vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente". El aliento de vida tiene un profundo significado interior. En su sentido exotérico representa la más importante precondición de la vida; donde hay aliento hay vida; donde no hay aliento no hay vida.

De acuerdo con el esotérico Libro Esenio de la Creación, el aliento representa la unidad entre el hombre y los océanos cósmicos de vida y de pensamiento.

Lo dos términos "viviente" y "alma" buscan transmitir este doble aspecto de la unidad: la unidad del hombre como ser pensante con el océano cósmico de pensamiento.

## La caída del hombre

De acuerdo con el esotérico Libro Esenio de la Creación, el Jardín del Edén representa al universo en armonía completa con la Ley. Representa también las condiciones óptimas para vivir la vida de hombre. Representa la perfección toda del universo, todo cuanto es dado al hombre en armonía con la Ley y que está a su disposición cuando viva en esa armonía.

El árbol en el Jardín del Edén es uno de los símbolos más antiguos de la humanidad y un símbolo esenio de la mayor importancia. El Arbol Esenio de la Vida se encuentra grabado en baldosas y piedras sumerias. Aparece en el Zend Avesta de Zaratustra, y se encuentra como el símbolo básico de la Hermandad Esenia en el Mar Muerto a principios de la era cristiana. De acuerdo con la tradición sumeria y de acuerdo con Zaratustra, el árbol representa a la Ley misma, mientras que el jardín es la perfección del universo en armonía con la Ley. El árbol de la vida en medio del jardín es el antiguo símbolo esenio de la totalidad de las leyes naturales y espirituales. Es el reino que el hombre hereda cuando vive en armonía con la Ley.

Se observará que en el texto exotérico Dios no prohíbe al hombre comer del árbol de la vida. Es únicamente del árbol del conocimiento del bien y del mal que no comerá. Este es otro árbol del que si comemos, no conoceremos sólo el bien, "sino también el mal". El mal es el resultado de nuestra desviación de la Ley. Por lo tanto, la Ley pide al hombre no comer de este árbol, ya que no deberá conocer el mal, sino únicamente el bien.

La Ley prohíbe al hombre conocer tanto el bien como el mal, porque es su destino conocer tan sólo el bien. El mal no tiene realidad en sí mismo, sino que el hombre le da una realidad de cierta clase, al desviarse de la Ley. En el momento de la desviación, conoce el bien y el mal. Aún entonces, su conocimiento no será totalmente el mal, sino una combinación del bien y del mal. El bien será limitado por el mal. Al crear un mundo de negación, pierde el jardín del Edén, que no es sino el bien, la perfección.

El Génesis explica cómo sucedió que el hombre prefiriera el árbol del conocimiento del bien y el mal al árbol de la vida que es placentero, bueno, sin mezcla alguna del mal. La serpiente trae la tentación. Ahora, la serpiente es un antiguo símbolo, que representa una forma inferior de existencia, un factor negativo que hace surgir la duda en cuanto a la perfección de la Ley. La sugerencia de la serpiente representa un sentimiento negativo, un retroceso a un grado inferior de vida hace mucho tiempo superado por el hombre en su evolución.

En el Libro Esenio de la Creación, el hombre y la mujer son también símbolos: el hombre representa el cuerpo pensante y la mujer el cuerpo sintiente del hombre. De acuerdo con ese libro, el hombre fue creado a imagen de Dios: su cuerpo pensante e imagen de la sabiduría divina y su cuerpo sintiente a imagen del amor divino. La unidad del hombre y de la mujer, en el Libro Esenio de la Creación, es la unidad del cuerpo pensante y del cuerpo sintiente. La sugerencia de la serpiente a la mujer es la primera desviación de la Ley. "Y... la mujer... comió, y también le dio a su esposo, y él comió". El comer de la mujer representa la recepción de un sentimiento negativo, mientras que el comer del hombre simboliza la recepción de la negación por el cuerpo pensante.

"Y los ojos de ambos se abrieron y vieron que estaban desnudos; y tomaron hojas de higuera y se cubrieron". Después de la primera desviación de la Ley realizada, el hombre ve negaciones e imperfecciones donde no existen. Da realidad a imperfecciones y las imagina.

El proceso de degeneración continúa. El hacer las vestiduras representa el primer trabajo innecesario del hombre. Desde ese momento, la historia de la humanidad no ha sido sino una serie de trabajos innecesarios que implican un gran desperdicio de energía. Donde quiera que miremos -a nuestro alrededor o en el pasado- veremos una colosal cantidad de vestiduras; vemos a la humanidad afanarse en hacer multitudes de cosas superfluas, muchas de ellas también dañinas. El hombre, que podría estar viviendo reposadamente en la perfección del Jardín del Edén, está empeñado en la fabricación de

toda clase de cosas inferiores, como resultado de su desviación original de la Ley. Una vez que se ha formado la primera cadena de desviaciones seguirán las demás.

"Y oyeron la voz del Señor Dios... ¿Dónde estáis?". En medio del mundo material de negaciones y limitaciones, todos de tiempo en tiempo oímos la voz de Dios. Pregunta "¿Dónde estás, Adán?", y esta voz es nuestra salvación. Es la voz que nos conduce de regreso al Edén, al Arbol de la Vida. Desde su caída, el hombre ha sido una tríada: la parte inferior, el espíritu de negación y de limitación es la serpiente; en el medio está el hombre con todas sus potencialidades; y en la parte superior de la tríada está Dios manifestado en el hombre, la voz que pregunta "¿Dónde estás, Adán?".

"Y el Señor Dios dijo, mirad el hombre se ha convertido en uno de nosotros, para conocer el bien y el mal; y ahora, a menos que extienda su mano, y tome también del Arbol de la Vida, y coma, y viva para siempre...". Este es el texto como es dado en el Génesis, pero el texto esotérico del Libro Esenio de la Creación diverge considerablemente de él: "Y la Ley, el Creador, dijo, mirad el hombre no es como uno de nosotros, pues conoce el bien y el mal, y no puede extender su mano y tomar también del Arbol de la Vida, y comer y vivir para siempre".

Esto quiere decir que la Divina Providencia desea que el hombre coma del Arbol de la Vida y viva para siempre, y no que coma del árbol del conocimiento. El no deberá dar realidad al mal y crear un mundo de negación y de limitación, pues deberá vivir en el Jardín del Edén, conociendo únicamente el bien. Eventualmente comerá del Arbol de la Vida en el corazón del Jardín del Edén, pero no mientras se desvie de la Ley, dando realidad al mal por la aceptación de sentimientos negativos en su cuerpo sintiente y de pensamientos negativos en su cuerpo pensante. Como el hombre no puede servir a dos amos, el Señor Dios le expulsó del Jardín del Edén a labrar la tierra de la que fue tomado.

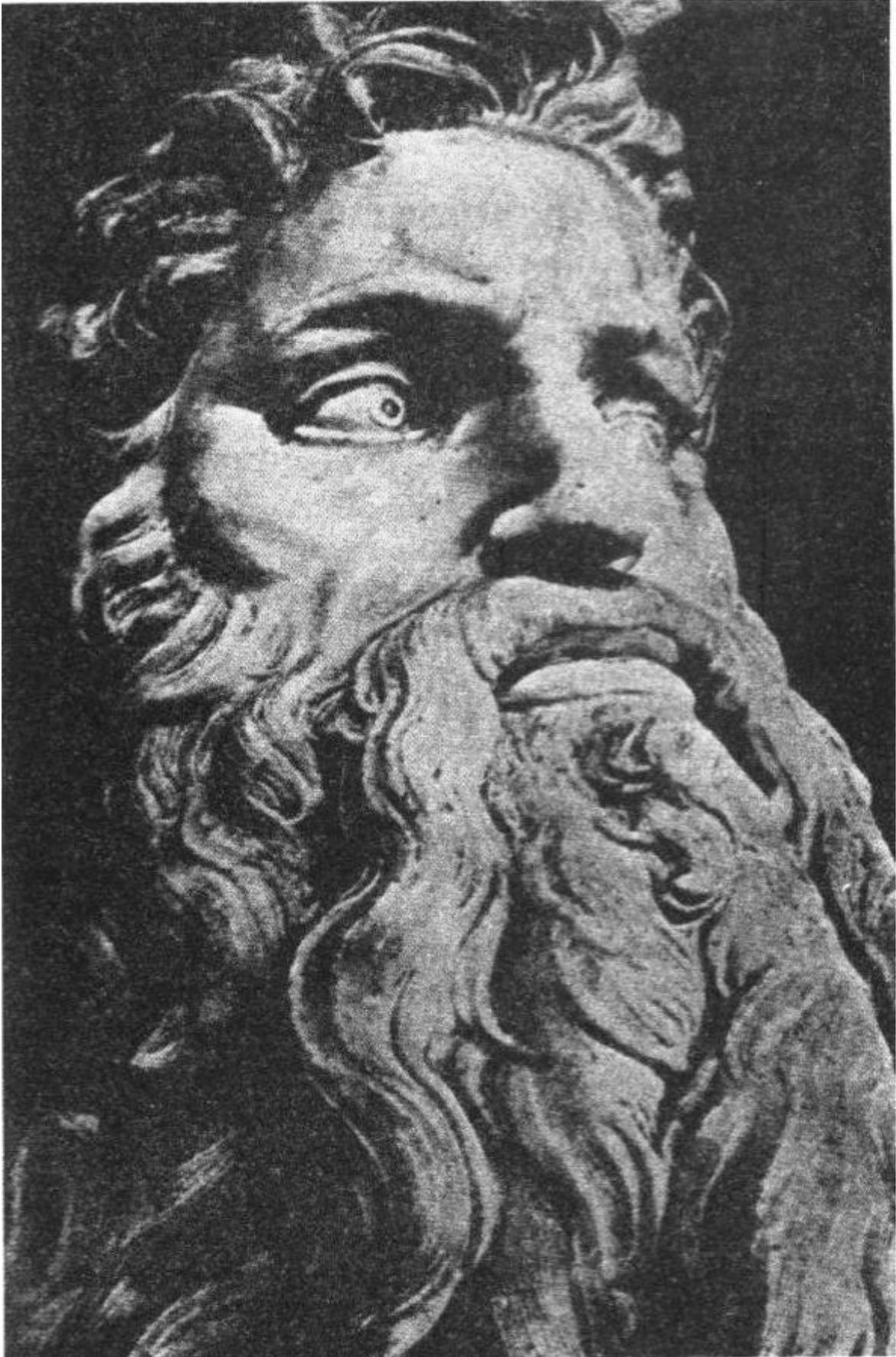
"Así expulsó al hombre, y colocó al este del Edén a un ángel, y una espada llameante que se movía en todas direcciones, para guardar el camino hacia el Arbol de la Vida". En el texto esotérico las palabras "espada llameante" son reemplazadas por "luz llameante", y la palabra "guardar" por la palabra "mostrar". Este es un versículo sumamente importante del Capítulo III. Cuando el hombre se desvió de la Ley, se expulsó a sí mismo del Jardín del Edén, pero su pérdida no es final ni irreparable, pues la Ley, el Creador, colocó querubines -ángeles- en el jardín, y así como la luz llameante que gira en todas direcciones para mostrar el camino hacia el Arbol de la Vida. En el antiguo simbolismo esenio, el Arbol de la Vida (que representa la totalidad de las fuerzas y las leyes naturales y espirituales) está rodeado por ángeles de luz que mostrarán al hombre el camino de regreso al Arbol para que pueda comer de él y vivir para siempre en armonía con las leyes naturales y espirituales. Los ángeles alrededor del árbol derivan de las más características de las tradiciones esenias -la angelología, la ciencia relativa a los ángeles. Ellos representan los siete poderes espirituales del Padre Celestial y las siete fuerzas naturales de la Madre Terrenal. La comunión con estos catorce ángeles es el camino de regreso al Arbol de la Vida eterna. La luz llameante de los ángeles representa la luz de la conciencia, la conciencia que a menudo nos habla en nuestro interior, cuando nos desviamos de la Ley. La Ley desea que recobremos el Jardín del Edén, para volver a la perfección y reclamar nuestra herencia como cocreadores con Dios, y continuar así el trabajo de la creación en el planeta.

Al centro del Arbol Esenio de la Vida hay una figura humana. La mitad de la figura pertenece al árbol sobre la tierra y la otra mitad a las raíces. En otras palabras, parte de él pertenece al reino del Padre Celestial, y parte al reino de la Madre Terrenal, la naturaleza terrestre. El árbol describe la unidad del hombre con los poderes espirituales y con las fuerzas naturales. Representa al hombre en entera armonía con las leyes cósmicas, espirituales y naturales.

En el Libro Esenio de la Creación, el vigésimo cuarto versículo del capítulo III es ilustrado por el Arbol Esenio de la Vida. El árbol es también la ilustración de todo este capítulo en el Génesis. Es un microcosmos que expresa al macrocosmos, el universo.

Muestra el significado total del capítulo: establece claramente el legítimo lugar del hombre en el universo. Enseña que la caída del hombre es únicamente un accidente en la

evolución del hombre en su camino hacia grados cada vez más altos de perfección. Es una prensa de salvación, del destino, de la nobleza del hombre.



## **Moisés, príncipe de Egipto**

### *El sendero de la tradición*

Ha habido cuatro titanes en la historia de la humanidad, que han tenido más influencia sobre los pueblos del mundo que cualquier otro ser humano. Estos cuatro fueron Zaratustra, Moisés, Buda y Jesús -para nombrarlos cronológicamente, pero el más extraordinario y enigmático de ellos fue Moisés.

A través de toda la historia universal una cierta ley ha operado siempre que una civilización ha parecido declinar y ha estado cerca a su desintegración.

Cuando el horizonte intelectual y ético del hombre se estrecha de tal modo que nadie puede ver con claridad el camino hacia un nuevo comienzo, esta ley opera para producir un genio universal que abre un nuevo horizonte. Sigue entonces un nuevo ciclo en la evolución del pensamiento y comienza una nueva cultura.

Tal punto crítico en la historia de la humanidad ha sido observado varias veces. Cuando el Imperio Romano y la civilización romana alcanzaron su clímax y comenzaron a desintegrarse, apareció Jesús, el gran Maestro Esenio. Las ideologías de la antigüedad habían comenzado a desvanecerse; parecía no haber manera alguna de continuar por el sendero de las concepciones del mundo existentes, cuando él vino a traer una nueva ética y un nuevo valor metafísico al hombre. Hubo una situación similar anteriormente en Egipto cuando se petrificó el gran poder político y cultural y sus valores inherentes comenzaron a desaparecer. Entonces apareció Moisés -el segundo gran titán de la historia.

Es necesario primero contemplar su dimensión en perspectiva histórica para apreciar su genio extraordinario. Fue el creador de uno de los componentes de la cultura occidental, la religión hebrea. De ella y de la filosofía griega vienen los principios del mundo occidental. Él fue el primero y el más grande de los profetas. Fue el donador de la Ley; trajo los Diez Mandamientos y estableció las Comuniones Esenias con las fuerzas naturales y cósmicas.

Ningún otro individuo por sí solo ha realizado tanto durante una vida entera en tantos campos diferentes. Su energía y perseverancia inagotables le permitieron llevar a cabo una cantidad extraordinaria de tareas colosales.

No es necesario analizar la vida y las enseñanzas de Moisés dentro del marco de la historia eclesiástica. La significación de éstas han sido ampliamente discutidas en todas las épocas. Hay algunas informaciones históricas disponibles, pero la información más auténtica nos llega de las antiguas tradiciones esenias preservadas por las Hermandades Esenias del Mar Muerto y del Lago Mareotis en Egipto. Estas tradiciones dividen la vida de Moisés en tres períodos de cuarenta años cada uno.

El primero cubrió su vida en Egipto desde su juventud hasta los cuarenta años de edad. El segundo período de cuarenta años lo pasó en el desierto después de haber huido de Egipto y durante ese tiempo vivió como un pastor. Los terceros cuarenta años también los pasó en el desierto guiando al pueblo de Israel, después de libertarlo del cautiverio de Egipto. De acuerdo con las enseñanzas esenias, cada uno de estos tres períodos tuvo una nota dominante.

El primer período de cuarenta años lo pasó en adquirir la suma total de conocimientos que le estaba disponible como príncipe de Egipto, que era entonces el centro cultural del mundo occidental. Hace tres mil años Egipto era una monarquía teocrática y el clero guardaba las tradiciones y poseía el conocimiento acumulado de la época. Estudió todas las fuentes antiguas de la sabiduría egipcia, los "Preceptos de Pta-Hotep" y el "Libro de los Muertos" egipcio, que databa de una época varios miles de años anterior a la suya. La sabiduría de los egipcios representaba no solamente sus propias tradiciones, sino también las que vinieron del Oriente.

Moisés tenía una insaciable hambre de verdad y de sabiduría: fue quizá la mente más inquieta de la historia. Después de adquirir la suma total del conocimiento que le fue posible en Egipto, llegó a la conclusión de que sabía muy poco. Trató de rescatar la sabiduría de Egipto de los pantanos de sus cosmogonías y sus teologías. Penetró en los

tenebrosos laberintos de los rituales de Isis, Amon Ra y Osiris, pero encontró únicamente una enorme pirámide de oscuros dogmas y tradiciones petrificadas, sin dinamismo interior, sin un principio unificador para explicar los problemas del universo y de la vida. Después de cuarenta años de intentar unir los innumerables fragmentos de las tradiciones egipcias, llegó a la conclusión de que tendría que comenzar a recorrer otro sendero para encontrar una explicación integral a los problemas finales de la existencia.

Después de su fracaso en encontrar la verdad por el sendero de la cultura tradicional, comenzó a caminar por el sendero de la naturaleza. Entró al desierto y llevó la vida de un pastor. Observó todo los fenómenos de la naturaleza y trató de penetrar en el sentido interior de cuanto veía. El desierto se convirtió en su amigo más íntimo. El nombre de Moisés y el desierto son inseparables.

Muchos otros grandes genios se han retirado al desierto. Los profetas lo hicieron y Jesús lo hizo. Quizá sea bueno preguntar por qué -preguntar lo que es el desierto y lo que significó para los que buscaban su soledad. Hay en el desierto algo grande, una vastedad que trasciende todas las superfluidades. En él el hombre es despojado hasta un mínimo de necesidades materiales para el sustento del cuerpo y en él es libertado de las distracciones del espíritu. Únicamente en los sitios vacíos de la naturaleza, en los desiertos de Arabia o en los bosques de la India -lejos de las influencias perturbadoras- descubrieron los grandes titanes del pensamiento humano las verdades interiores que expresaron para beneficio de la humanidad.

Desde estos alejamientos y meditaciones en la selva han llegado una serie de altos valores para la humanidad. Los "Avestas" de Zaratustra, los "Vedas" de los Brahmines, los "Upanishads" de los sabios de los bosques de la India, el "Tripitaka" de Buda, las enseñanzas de Moisés, de los profetas de las Hermandades Esenias en el desierto y de Jesús, todas fueron el resultado de períodos de contemplación y soledad lejos de las moradas de los hombres. En el segundo período de cuarenta años de Moisés, cumpliendo con su mísera ocupación de pastor en las desoladas vastedades del desierto, buscaba encontrar ese "Algo" que su intuición le decía que tenía que existir detrás de la diversidad de los fenómenos. Trataba de penetrar en la esencia de la naturaleza.

Fue este empeño lo que le distinguió del resto de la humanidad. Solamente unos pocos hacen tal esfuerzo. Los más grandes eventos y los fenómenos más importantes han pasado desapercibidos y hasta no observados en el curso de los siglos, a pesar de su gran influencia en la vida del hombre. La ley de la gravedad es un ejemplo de tal ocurrencia. Millones de hombres en todas partes habían visto una manzana caer de un árbol, pero para ellos era un fenómeno sin ninguna significación. Se necesitó el penetrante genio de Newton el reconocer una ley universal y un poder invisible detrás de tan sencillo suceso. Dedujo de él la ley de la gravedad, la ley y el poder que gobierna el movimiento de todos los cuerpos celestiales en el infinito espacio cósmico. De igual modo Moisés hizo un descubrimiento más trascendental por su influencia en el resto de la historia humana -especialmente del mundo occidental.

Moisés descubrió la LEY. No una ley creada y promulgada por un monarca o por un poder legislativo, sino una Ley que era la totalidad de todas las leyes -la Ley misma. El fue el primero en descubrir que detrás de todo fenómeno de la naturaleza hay una ley invisible. Luego se encontró con la idea de la totalidad de las leyes. Y a esta totalidad la llamó la Ley, con "L" mayúscula. Vio que esta Ley era la suma total de las leyes que gobiernan todas las manifestaciones de la vida y del universo.

No hizo intento alguno de hacer una exposición analítica minuciosa de estas leyes, como sería necesario en nuestra actual civilización. Pero estableció la nación de Una Ley y la nación de la incorporación de la totalidad de las leyes que gobiernan el universo en esta Una Ley. Después de que hubo hecho este descubrimiento decidió dedicar el resto de su vida a la verificación y a la aplicación de la Ley. Su deseo fue el de llevar a la humanidad a la armonía con la Ley. Esta palabra "Ley" se encuentra en los escritos apócrifos esotéricos de las tradiciones esenias, pero en los textos esotéricos, oficiales de las iglesias, la palabra "Señor" ha sustituido a la palabra "Ley".

En las tradiciones esenias posteriores la noción abstracta de la Ley fue transmitida por la representación concreta de un árbol. Este simbolismo fue usado en otras grandes enseñanzas. Buda se hizo consciente de las Cuatro Nobles Verdades bajo un árbol de mango; la comprensión de Newton de la ley de la gravedad está relacionada con un manzano; y Moisés, de igual manera, recibió su gran revelación bajo un pequeño árbol del desierto, la zarza en llamas. El árbol así se ha convertido en un símbolo universal y en las tradiciones esenias fue conocido como el Arbol de la Vida, que representa la Ley misma.

El Arbol Esenio de la Vida tenía siete ramas sobre el suelo y siete raíces bajo él. Cada una de las siete ramas representaba un poder espiritual invisible, y cada una de las siete raíces una fuerza natural visible. En el punto central del árbol estaba la figura del hombre, de acuerdo con los hallazgos arqueológicos de los que, en parte, estas tradiciones esenias han sido reconstruidas. El hombre era representado sentado con la mitad dentro y la mitad fuera del suelo en tal forma que la parte superior de su cuerpo pertenecía al tronco del árbol y los poderes invisibles del universo, mientras que la parte inferior pertenecía a las raíces del árbol y a las fuerzas visibles de la naturaleza. Así eran simbolizadas las dos partes de la naturaleza del hombre: una que pertenece al mundo material, la otra -los imponderables inmatrimales de su conciencia- al reino espiritual.

De acuerdo con las tradiciones esenias, el símbolo de la zarza en llamas que se apareció a Moisés representaba dos aspectos muy importantes de la vida universal: el calor y la luz. El calor del fuego era un principio básico de la concepción del mundo que se encuentra en el "Zend Avesta" de Zaratustra; representaba el fuego de la vida o, en lenguaje contemporáneo, la vitalidad. La luz del fuego representaba la sabiduría opuesta a las tinieblas y a la ignorancia; la falta de luz representaba la falta de sabiduría.

El fuego en sus dos aspectos simbólicos -el Fuego de la Vida y la Luz de la Sabiduría- y el Arbol de la Vida que simboliza el universo material e inmaterial, representan juntos, en medida microcósmica, el macrocosmos, el gran universo. Ellos expresan la idea esenia de que el hombre en el centro del universo extrae su vitalidad de todas las fuerzas del cosmos. Esta nueva filosofía de la vida y del universo que fue revelada a Moisés en el desierto cerró el segundo período de su vida.

El descubrimiento de tan inmensa verdad, la Ley de la vida y del universo, fue un logro tremendo, alcanzado con gran dificultad. Pero el descubrir tal verdad y no hacer nada con ella sería aún más difícil. En Moisés ardía el mismo fuego que ardió en todos los profetas de Israel. Tuvieron que salir y contar al pueblo la verdad de la Ley, tuvieron que intentar el conducir a la humanidad a la armonía con ella y proclamarla como el más grandioso poder en el universo, no sujeto a ninguna otra ley u otras leyes, incapaz de derrota. Una planta, un árbol, un cuerpo humano, un sistema solar -cada uno tiene sus propias leyes: matemáticas, biológicas o astronómicas. La totalidad de todas estas leyes que existen detrás del universo material y que mueven todas las cosas, es eterna e indestructible. A pesar de ciertas desviaciones transitorias de las leyes, a pesar de ciertas petrificaciones transitorias del elán vital, nada puede resistir durante mucho tiempo el poder invisible y universal de esa Ley de la que Moisés fue el profeta.

La concepción universal de Moisés de la Ley fue posteriormente interpretada por la autoridad eclesiástica como un sencillo monoteísmo. Dogma tras dogma fue erigido sobre el principio básico de la vida que él estableció, la verdad fundamental de la Ley. Lo mismo ha sucedido con todas las religiones. Las enseñanzas de Jesús del primer siglo tienen muy poco en común con los cientos de iglesias y miles de dogmas que luchan el uno con el otro en Su nombre. Buda no reconocía las supersticiones de las lamaserías tibetanas, las ruedas de oración y otras prácticas que han sido agregadas a su profundo sistema de pensamiento metafísico y ético. De igual manera Zaratustra se asombraría de la estrecha interpretación de los parsis del fuego de la vida, pues enseñó que significaba la vitalidad y debería mantenerse permanentemente ardiendo en los corazones de los hombres, alimentado sólo con sustancias puras. Pero los parsis creyeron que había querido decir el fuego visible, el que en consecuencia mantuvieron ardiendo en sus hogares.

Moisés quedaría grandemente sorprendido al conocer los diferentes dogmas y los así llamados milagros que le son atribuidos. El fue una figura única de enorme estatura en la historia universal y no se requiere de milagros para aumentar su grandeza. Pues descubrió el más grande de los milagros, la Ley Universal, que demuestra que no hay milagros porque todo el universo opera bajo la férrea ley de causa y efecto. Este descubrimiento fue más grande que los así llamados milagros realizados en el planeta entero.

La verdad detrás de estos milagros ficticios fue sencillamente la mente penetrante y los extraordinarios poderes de observación de Moisés que le capacitaban para ver la ley de causa y efecto que opera en todos los fenómenos de la naturaleza. Fue por esta razón que a menudo apareció como un hacedor de milagros. Cuando regresó a Egipto de sus cuarenta años en el desierto, vio un imperio gigantesco levantado sobre falsos cimientos. Vio un Egipto construido sin reconocimiento de la Ley, a pesar de todo su poder político y militar. Vio la miseria de las masas del pueblo; vio las plagas que frecuentemente diezaban su número por falta de higiene, por sus desviaciones de la ley de la pureza.

Vio grandes cantidades de personas en la esclavitud, trabajando laboriosamente, porque no había una ley de igualdad en Egipto. Vio una religión petrificada y sobrecargada de dogmas estáticos de los que el espíritu había partido, un pueblo en el cautiverio de formas sin vida y de doctrinas estériles así como los gobernantes, y un sacerdocio petrificado que no contribuía nada nuevo ni original a las antiguas y estáticas tradiciones, pues en ellos no había conocimiento de la ley de la vida. Las complejas supersticiones de todas clases que encontró en las teogonías y teologías de Egipto surgían de la ignorancia de las leyes de la naturaleza. Por doquier vio la tiranía basada en la fuerza y la violencia que ejercía dominio sobre las clases dominantes, los militares y el sacerdocio, no menos que sobre las masas esclavizadas.

Vio que todo Egipto estaba en la esclavitud de la ignorancia de la Ley, y comprendió que la ignorancia era responsable de todos los males que existían. Se percató de que dondequiera que haya miseria, epidemias y esclavitud, tanto los gobernantes como los gobernados son culpables. Reconoció la enormidad de la tarea ante sí de tratar de que tanto las masas ignorantes como los arrogantes gobernantes aceptaran la Ley. Confrontó los mismos obstáculos que han enfrentado todos los grandes reformadores del mundo cuando la idea pura se encuentra con la fuerza opuesta de la inercia de la mente humana y la resistencia de los intereses creados.

Cuando Buda enseñó la igualdad de los hombres, se encontró con la enorme oposición de la doctrina brahmánica del sistema de castas. Pero no fue este último que fue derrotado por la bella ética del budismo; fue el budismo el que fue forzado a salir de la India para retroceder al norte, hacia el Tíbet. Moisés enfrentó los mismos obstáculos colosales; la ignorancia de las masas y el sistema de castas de Egipto. Enfrentó el poder del faraón como posteriormente Jesús enfrentó el poder del César. Sus actitudes, sin embargo, fueron algo diferentes.

Jesús tomó la actitud de que su reino no era de este mundo. Pero Moisés decidió establecer el reino en este mundo, para hacer que el mundo viviera en armonía con la Ley, al menos en el tanto en que fuera posible. Cuando enfrentó el poder político de Egipto, no tuvo otro poder detrás de sí que el poder invisible de la Ley, y su propia capacidad para comprender y usar la Ley de causa y efecto para anticipar los fenómenos que hubieran sido impredecibles sin tal conocimiento. Su penetrante observación de la naturaleza durante los cuarenta años en el desierto le permitieron correlacionar las fuerzas y los elementos de la naturaleza de una manera que les era imposible a los sacerdotes de Egipto o al faraón.

Moisés señaló al faraón todas las consecuencias de las desviaciones de la Ley. Le mostró la miseria, las plagas y la serie de aflicciones que seguían el sistema de gobierno del faraón. Pero el faraón y las clases dirigentes de Egipto fueron ciegas a la férrea lógica de Moisés y de sus predicciones. Aunque demostró la verdad de sus afirmaciones, no pudo convertir a todo el reino de Egipto a la verdad de la Ley, así como Buda y todos los

otros grandes filósofos del mundo han sido incapaces de convertir a las masas del pueblo.

Cuando Moisés encontró que era incapaz de influir sobre todo el pueblo de Egipto, se volvió hacia otro grupo del país, al pueblo oprimido y esclavizado de Israel cuyos antepasados habían sido pastores que habían vivido en otras tierras. Tuvo la esperanza de convertir a este grupo minoritario, con ellos como su núcleo, para establecer una nación basada en la Ley. Moisés mismo era uno de esta tribu, aunque no había sido criado en ella, sino como un príncipe en la corte del faraón. Mientras negociaba con el faraón, intentó organizar a este grupo de esclavos como una unidad. Trató de hacerles comprender que había otra clase de vida posible para ellos, una vida de libertad vivida en armonía con la Ley, una vida incomparablemente más bella que su esclavitud en Egipto.

Pero encontró tantos obstáculos en esta tarea, como en tratar de convencer al faraón, pues la ignorancia de los esclavos y la ignorancia del tirano son del mismo carácter esencial, aunque de aspecto diferente. La ignorancia del tirano se manifiesta en la defensa de sus intereses y de su posición; la del esclavo en su temor -temor del poder del tirano, temor de la incertidumbre de cualquier nueva vida que siga a la fuga de la actual opresión y zozobra.

Moisés se percató de que su tarea requería de un largo período de reeducación de todos los valores de estas personas cuya monótona vida diaria había inducido una mentalidad de esclavos y una embotada inercia que serían difíciles de superar. Pero no vaciló en emprender la tarea. Por medio de su particular genio, de su inagotable fuente de vitalidad y energía, de su infatigable perseverancia, creó una nueva nación, y es la única figura en la historia universal que ha logrado tal hazaña. Más aún, unificó a un grupo de personas cuya fuente de valores tenía que ser por completo diferente de la de los hallados en los esclavos con quienes comenzó su gran misión. Es una ley de la naturaleza la de que las células del cuerpo cambien cada siete años y que nuevas células tomen el lugar de las antiguas. Como una generación en la vida corresponde, en cierto sentido, a las células del cuerpo del individuo, así Moisés emprendió el cambio de las células de Israel. Le tomó cuarenta años hacerlo. Emprendió la renovación de un pueblo en una generación, para formar una nueva nación con una nueva concepción de la vida. Después de pasar los segundos cuarenta años de su existencia en el desierto como líder de sus rebaños, regresó a Egipto para guiar al pueblo de Israel durante otros cuarenta años.

Esta tarea ocupó el tercero y último período de su vida. Ese período representó el tercer sendero. En la primera parte de su vida transitó por el sendero de la tradición. Durante el segundo período siguió el sendero de la naturaleza. El tercer sendero fue el de la intuición, el sendero del despliegue de la conciencia interior a través del que pudo dar la Ley a la humanidad. El trajo un nuevo sistema ético y estableció una nueva nación.

El tercer período comenzó con el éxodo de los israelitas de Egipto; continuó con el dar la Ley en el Monte Sinaí; y terminó con la desaparición final de Moisés del teatro de la historia en el Monte Nebo cuando había alcanzado la edad de ciento veinte años.

## **Moisés en el desierto**

### ***El sendero de la Naturaleza***

La historia de Moisés en Egipto, del éxodo al desierto, de la aproximación a Canaán y la historia del otorgamiento de la Ley, no están limitados a un momento particular de la historia de la humanidad, ni a una determinada ubicación geográfica. Su historia representa algo mucho más profundo: no temporal, sino eterno, no limitada en el tiempo y en el espacio, sino universal en su aplicación y en su significación. Tiene un significado muy profundo que es válido aún hoy. Representa una revolución de lo dinámico contra lo estático; la revuelta de la libertad contra la esclavitud, de la sabiduría contra la superstición.

Representa la revolución global de los valores superiores de la vida contra los pseudo valores. Por primera vez en la evolución del hombre entraron en conflicto dos concepciones del mundo diametralmente opuestas.

Moisés sabía que en unos miles de años las grandes pirámides de los faraones, construídas con el trabajo de miles de esclavos a través de los siglos, serían enterradas bajo las arenas del desierto. Sabía que en unos miles de años la humanidad ni siquiera recordaría los nombres de los faraones que las construyeron. Sabía que todos los supersticiosos rituales de Isis, Amon Ra y Osiris, con sus formas petrificadas, habrían sido largo tiempo olvidadas. El espíritu de Egipto, sabía, no estaba basado en ninguna realidad verdadera, sino que era una desviación de la Ley; y sabía que ninguna desviación de la Ley podría sobrevivir mucho tiempo. Todo lo creado como resultado de una desviación se destruye a sí mismo y desaparece, pues es únicamente la Ley que es eterna y omnipotente.

Moisés representó una concepción de la vida enteramente diferente a la de los egipcios. A través de su experiencia durante los primeros cuarenta años pasados en aprender las tradiciones antiguas como príncipe de Egipto, y durante los segundos cuarenta años como pastor en el desierto, llegó a la conclusión de que el hombre vive en un universo dinámico y eternamente cambiante.

Observó los movimientos de las estrellas durante las largas noches en las que cuidaba de los rebaños en el desierto. Vio que las plantas del desierto crecían y morían, y que generación tras generación de ovejas aparecían y desaparecían. Llegaban las alboradas; los rayos del sol brillaban sobre la tierra; y el sol se ocultaba. La luna crecía y menguaba. Y al meditar, se percataba de los elementos constantemente cambiantes en su propia conciencia. Reconoció en ella la misma unidad dinámica de los cambios y transformaciones que continuamente tenían lugar en la naturaleza externa. De estas observaciones percibió que no hay un solo punto estático en la naturaleza ni en el hombre. Todo se mueve y evoluciona y no hay un verdadero estancamiento en ningún lugar. Cuando algo no prospera, retrocede. La Ley constantemente se manifestaba a Moisés en el cambio perpetuo. Pero detrás vio un plan de Orden Cósmico en gran escala. Detrás de la totalidad de las leyes de la vida y del universo estaba el poder supremo.

Se le había hecho evidente que Egipto, con todas sus jerarquías y construcciones gigantescas, no tenía cimientos en la realidad ya que era el producto de múltiples desviaciones de la Ley. Sus plagas, epidemias, sistema de esclavitud y otras inarmonías eran el resultado inevitable de estas desviaciones. Moisés anhelaba un reino basado únicamente en la Ley, en el que todo estuviera en armonía con ella.

Sabía que no podría haber nada permanente a menos que estuviera basado en la Ley. Trató de convencer a los poderes reinantes de Egipto -el faraón y sus consejeros- de que deberían cambiar el sistema existente, pero en su ignorancia y egoísmo no quisieron cambiarlo. Quienes podrían haber deseado cambiarlo no tenían poder para actuar. Moisés sabía que podría organizar a los oprimidos, como otros lo habían hecho, eliminar a los gobernantes e instalar un nuevo orden con el uso de la fuerza. Ese hubiera sido el sendero de las revoluciones que han matizado la historia. Pero Moisés no recurrió a esta solución, la que sabía que sería inadecuada y temporal. Sabía que la violencia sólo engendra violencia y se convierte en un fin.

Sabía que había una alternativa. Podría renunciar a su propósito y retirarse al desierto, para vivir ahí como un filósofo en la creencia de que su enseñanza era suficiente que dejar a la posteridad. O bien, podía decidirse a colaborar con el faraón y esperar que a través de una influencia progresiva habría de cambiar progresivamente el estado de las cosas. Pero Moisés no deseaba cooperar con lo que consideraba un mal. Sabía que el hombre no puede servir a dos amos y no aceptaría componendas.

La pasividad era extraña en su naturaleza. Era una personalidad dinámica, y creía que el conocimiento mismo de la Ley era poder, y que por medio de este poder habría de alcanzar su meta.

Todo hombre pensante a lo largo de la historia de la humanidad ha enfrentado los tres mismos cursos posibles de acción: la fuerza, el abandono del propósito, la componenda. Generalmente uno de los tres parecería ser la única solución posible. Pero Moisés las consideró inadecuadas y como desviaciones de la Ley.

Su concepción del mundo estaba basada en un poder superior a cualquiera de las tres. Moisés tenía confianza implícita en que al seguir la Ley el hombre podría triunfar sobre todos los obstáculos, por medio de la armonía con la Ley y con una perseverancia determinada podría siempre alcanzarse la meta.

Escogió, por tanto, una cuarta solución, única y magistral, que no requería ni de la revolución armada ni de ninguna otra forma de violencia, que no pedía ni la renunciación a un ideal superior ni la colaboración con el caos y el desorden. Avanzó por un camino pionero de no cooperación con ninguno de los pseudo valores de la vida y de un enfoque enérgico de apropiación de las verdaderas realidades de la existencia. Planeó llevar consigo por el camino a todos los individuos dispuestos a abandonar sus falsos ídolos y aceptar las verdades no probadas y superiores que le habían sido reveladas. Así comenzó el Exodo. Mil quinientos años más tarde los esenios hicieron exactamente lo mismo cuando abandonaron Palestina e hicieron un éxodo al desierto en el que pudieran vivir una vida de acuerdo con la Ley. Formaron sus hermandades y abandonaron los lugares poblados en los que reinaba la inarmonía con la Ley. Rehusaron, al igual que otras facciones en Palestina, colaborar con los romanos, y no quisieron luchar con una fuerza armada. Decidieron mantener sus propios ideales superiores y sus formas de vida superiores, llevando consigo a quienes estuvieran dispuestos a cooperar con ellos y crear una nueva vida en armonía con la Ley. Fue una solución específicamente esenia a un problema siempre recurrente, y fue inaugurada por Moisés en el éxodo de Egipto.

Cuando hubo tomado su decisión, sabía que apenas comenzaba el trabajo de su vida. Sabía también que se embarcaba en un largo proceso histórico. La salida de Egipto difícil como fue ese primer paso, probó ser la menor de las dificultades que tuvo que enfrentar. Sabía muy bien que este grupo de esclavos a los que habría de conducir estaban demasiado sumidos en sus ideas y hábitos tradicionales para estar listos para comprender y recibir las verdades superiores que quería ver transmitidas a la humanidad a través de todas las generaciones.

Pero continuó resultamente su camino. Sabía que una cosa no es siempre igual a sí misma: el pueblo de Israel no era únicamente un grupo de personas inmaduras para la recepción de las verdades superiores. Vio en ellos los progenitores de nuevas generaciones que serían capaces, por el aumento progresivo de la sabiduría, de alcanzar la plena comprensión de su gran enseñanza. Por lo tanto, lo que hizo no fue solamente para beneficio de aquellas personas de Israel que habían sido esclavos en Egipto. Sabía que en ellos podría únicamente plantar las semillas de una gran enseñanza. Sabía que en ellos tan sólo podría plantar las semillas de un gran ideal; pero previo su crecimiento y su evolución a través de las generaciones para convertirse en un pueblo obediente a la Ley y a los patriarcas.

Estaba convencido de que la generación con la que comenzaba podría no alcanzar la tierra de Canaán, pero estas personas le eran tan sólo una transición de las antiguas condiciones discordantes hacia un nuevo sistema dinámico y armonioso que estaba decidido a establecer sobre la tierra.

Así el éxodo fue el principio de un largo período de vagar por el desierto. Sabía que estas no habrían de ser las personas que fundarían su reino, pero para él ni un reino ni un individuo eran una cosa definitiva y estática, creada y terminada. Cualquier grupo o generación de hombres era una entidad viviente en cambio constante. Únicamente a través de este método de pensar dinámico pudo Moisés haber logrado lo que hizo. Si hubiera visto las cosas como eran y no como podrían llegar a ser, nunca hubiera sido capaz de llevar a cabo su magna empresa.

Pero enfrentó valerosamente una larga serie de dificultades que inevitablemente habrían de surgir al desarraigar a un pueblo de su forma de vida acostumbrada. Comenzó a preparar a un pequeño grupo en el conocimiento de la Ley. Bajo los estrellados cielos del desierto les enseñó, hasta que poco a poco se acostumbraron a la libertad. Al pasar los años, al surgir una nueva generación, su filosofía profunda y omnilateral se convirtió en el fundamento de sus vidas diarias. Esta filosofía posteriormente llegó a ser la filosofía de la vida de otro grupo minoritario conocido a través de las épocas como los esenios. Las enseñanzas de Moisés sobrevivieron al éxodo, a la vida en el desierto y aún hasta los estados organizados de Canaán. Llegó a ser un factor dinámico en la historia de la humanidad, y aún más particularmente, en la historia de la civilización occidental.

Las enseñanzas de Moisés, transmitidas por el pueblo de Israel en el desierto, han sido entregadas en su forma más perfecta en las tradiciones y los símbolos de los antiguos esenios. La primera de ellas fue la gran obra maestra de Moisés, el Génesis, como fue enseñado en las Hermandades Esenias. La segunda fue el significado simbólico del Tabernáculo y el papel que su Luz Eterna desempeñó en las vidas de los israelitas. La tercera fue el Arbol Esenio de la Vida -otra de las grandes tradiciones que brotaron de Moisés. La cuarta fue el Día de Contrición como fue iniciado por Moisés, la gran tradición que los esenios celebraron hasta el siglo primero de nuestra era. Y finalmente están los diez mandamientos, llamados el Decálogo en griego, que tienen un significado tanto exotérico como esotérico.

Las enseñanzas básicas representaban la quintaesencia de la concepción del mundo de Moisés y se convirtieron en las formas simbólicas de la vida espiritual de los esenios. El origen de la forma esenia de vida y de su práctica sistemática data desde estas enseñanzas.

El Génesis, la primera de las tradiciones establecidas por Moisés, era muy característica de su mente penetrante. Sabía que para comprender cualquier cosa debe ser examinada en su origen, ya que nada hay estático sino que está siempre en proceso de devenir, y su quintaesencia depende de cómo devino y qué es y cómo devino en lo que es y en qué se transformó después. Debe también ser examinada a la luz de la totalidad de las cosas con las que está en correlación.

El Génesis, por lo tanto, trata del origen del mundo y el principio de todas las cosas que Moisés conocía. Dos principios sumamente importantes del pensamiento científico se encuentran en el Génesis: el principio del origen y el principio de la totalidad. Moisés aplicó ambos principios de pensamiento científico mucho tiempo antes que la filosofía griega, antes de que las mentes occidentales las dieran al mundo.

Muchos siglos antes de Kant y de Laplace, vio la necesidad de dar una explicación sobre el origen del universo. Moisés lo hizo así tanto en forma exotérica como esotérica en los Libros de Moisés. Derivó las leyes para la vida diaria del principio de todas las cosas. La suya fue una concepción cósmica que no comenzaba por decreto de ningún cuerpo legislativo, o de un emperador, o de ninguna otra autoridad externa. Él quería que su pueblo siguiera sus enseñanzas no por él mismo, sino porque cuanto enseñaba representaba las leyes inherentes a la vida y al universo. Los principios sobre los que basó su código para la vida diaria le fueron revelados por el universo mismo, a través de la autorrevelación de la Ley. Este fue el sublime punto de partida de Moisés. Es analizado en otra obra "El Génesis, una interpretación Esenia", que ofrece una comprensión más plena de la estatura titánica de este gran profeta.

Las tradiciones esotéricas de los esenios fueron la más auténtica interpretación de las enseñanzas fundamentales de Moisés. Siguieron su explicación acerca del origen y de la aparición de los siete elementos de la vida en el planeta, los que identificó como el agua, el sol, el aire, la tierra, las plantas, los animales y el hombre. Estos fueron formados en siete grandes ciclos y Moisés agrupó los días de la semana en un ciclo correspondiente de siete. Una fuerza vital o elemento específico fueron asignados a cada uno de los siete días.

En sus enseñanzas Moisés combinó al hombre inseparablemente con el universo, y toda manifestación de la vida del hombre estaba enlazada con las manifestaciones de la vida universal.

Este fue el sistema de lógica omnilateral de Moisés porque demostró que todas las cosas en el universo, incluyendo al hombre, eran partes de un todo, reunidas de acuerdo con la Ley de la vida y del universo. Esta fue la enseñanza fundamental como fue dada en el Génesis original e interpretada por los esenios.

El segundo motivo básico de las enseñanzas de Moisés fue el del Tabernáculo y la Luz Eterna que ardía en él. El Tabernáculo, que fue llevado al desierto por los israelitas, simbolizaba el universo en un microcosmos, perpetuamente existente bajo la Ley, y recordaba a los peregrinos tener la Ley siempre presente. Representaba la fuerza cohesiva que mantenía a toda la tribu junta. En el centro de él estaba la Luz Eterna.

Todo fenómeno de la naturaleza, según lo demostró, enseña una ley, alguna ley específica de la que el hombre tiene que permanecer consciente en todo momento de su existencia. La luz que ardía en el Tabernáculo servía para recordar al pueblo de Israel la Luz Eterna, que era el principio del mundo y de todas las cosas manifiestas en ella, como lo relata Moisés en los primeros versículos del Génesis. La luz que arde fue llevada con el pueblo al trasladarse de sitio en sitio en el desierto, y siempre ardía en la gran tienda de su Tabernáculo. En las tradiciones esenias la luz simbolizó también la conciencia del hombre, la unidad dinámica del pensamiento y de todos los elementos de la conciencia, que revelan la Ley, como lo hace todo en la naturaleza, en todo momento de la existencia.

Para recordar al pueblo las leyes básicas del universo y de la vida, Moisés encendió siete velas en el Tabernáculo cada séptimo día de la semana. Estas representaban los siete ciclos cósmicos del mundo como se enumeran en el Génesis, ciclos de los que vinieron las siete fuerzas básicas de la naturaleza manifiestas en el mundo visible y los siete poderes básicos que operan en el mundo invisible de la conciencia del hombre. Estos poderes y fuerzas visibles e invisibles representaban las eternas fuentes de energía, conocimiento y armonía.

El tercer símbolo básico creado por Moisés y utilizado por los esenios fue el Arbol de la Vida. Las siete raíces que penetran en la tierra representaban las siete fuerzas visibles de la naturaleza: el sol, el agua, el aire, la tierra, la Madre Terrenal, la vida y la alegría. Las siete ramas del árbol que se extienden hacia arriba representaban los siete poderes invisibles de la conciencia del hombre: el amor, la sabiduría, el trabajo creador, la paz, la vida eterna y el Padre Celestial. Los símbolos de Moisés usualmente representaban todo el universo en miniatura, y siempre concibió al hombre viviendo en medio de un océano de energías, un océano de vida en el espacio infinito.

El vio al hombre no como un ser únicamente material, sino como una unidad de energía, una unidad de pensamiento y de emociones, una unidad de fuerzas de vida, una unidad de fuerzas que constantemente comulgan con la totalidad de las fuerzas del universo. Moisés quería ver al hombre viviendo en armonía con las leyes que gobiernan estas energías tanto dentro como fuera del hombre. Quería que el hombre estuviera consciente de las leyes detrás de esas energías pero que utilizara también las fuerzas y poderes en sí mismo y en su ambiente a su alrededor como fuentes de energía, conocimiento y armonía.

Estos dos símbolos -la Luz Eterna y el Tabernáculo y el Arbol de la Vida- fueron representaciones microcósmicas de la Ley. Los preceptos de Moisés para la vida práctica diaria se derivaban directamente de la estructura del universo, y no de ningún concepto

superimpuesto de algún curso de acción que pudiera haber originado. Ellos representaban la quintaesencia de la Vida y de la Ley de la Vida. Moisés vio el universo como un Orden Cósmico gigantesco en el que existían fuentes inagotables de energía, conocimiento y armonía que estaban a disposición del hombre. Hizo a sus seguidores inscribir al lado derecho de la entrada de sus tiendas la frase: "Escucha, oh Israel, Yo soy el Señor". Y sobre el lado izquierdo de la entrada esta inscripción: "Amaréis al Señor (La Ley) con todo el corazón, toda la mente y todos los actos".

Estas dos frases eran un recordatorio constante a los pueblos nómadas siempre que entraban a las tiendas, de que la Ley es eterna y omnipotente y que es el deber del hombre estar consciente de ella en todo momento de su existencia.

Otro gran maestro de la humanidad, Zaratustra, recordaba a sus seguidores de manera similar, de la Ley: sobre la entrada de todo santuario avéstico estaban las palabras: "Buenos Pensamientos, Buenas Palabras, Buenas Acciones".

El Día de Contrición fue establecido por Moisés para ayudar a sus seguidores a comprender la Ley, vivir en armonía con ella y ser conscientes de este derecho y de esta obligación supremos. Esta ceremonia les capacitaba para ser participantes activos en el Orden Cósmico. Se celebraba en el equinoccio de otoño de todos los años y es considerado como un día de balance en el que todos meditaban sobre sus hechos durante los doce meses precedentes.

Tenían que reconsiderar todo cuanto habían hecho o pensado o creído durante ese tiempo y determinar si estaba en armonía con la Ley o era una desviación de ella.

Las personas eran llamadas a la meditación en este día con las notas de un pequeño instrumento similar a una flauta, hecho con los cuernos de las ovejas. Durante más de mil quinientos años los esenios preservaron esta tradición por el ayuno y por llamar a sus gentes al Día de Contrición una vez al año, como un recordatorio de las enseñanzas de Moisés.

Estas, entonces, fueron las cinco tradiciones establecidas por Moisés durante los cuarenta años de peregrinaje en el desierto -tradiciones que fueron preservadas durante muchos siglos por los esenios y son aún el fundamento de ciertas prácticas realizadas en el presente.

## **Moisés y los Israelitas**

### *El sendero de la intuición*

Fue Goethe quien dijo: "La vida de un genio es el cumplimiento en la madurez de una profunda intuición en la juventud".

Es probable que todo gran genio de la historia tuviese tal intuición fundamental de la que su vida llegara a ser el cumplimiento. Es interesante investigar el origen del motivo dominante en la vida de Moisés. No lo encontró en la compleja pirámide de dogmas estáticos e incoherentes que caracterizaron los cultos egipcios en los que fue criado. Lo encontró en una antigua leyenda traída a Egipto por el pequeño grupo de israelitas que habían venido de Palestina varios siglos antes por los descendientes de Jacob que huyeron del hambre que había azotado a su país natal. Moisés, también, era descendiente de este pueblo que había sido esclavizado por los faraones egipcios. Aunque no había sido criado por los israelitas, conocía la leyenda del patriarca Jacob, de quien estaba escrito que había luchado y conquistado a un ángel. Y también estaba escrito que Jacob había tenido una visión de una escala que conectaba el cielo con la tierra, y en las noches de sus cuarenta años en el desierto meditaba continuamente en su significado que presentía que habría de tener algún significado oculto.

Lentamente la verdad interior se le hizo clara. Era un genio intuitivo que estableció un sistema de pensamiento tan sólo después de que su intuición le había conducido a las conclusiones. Siempre que una convicción le sobreviniera, nunca dudó de lo correcto de su intuición. Pero también tenía una mente profundamente analítica e inquisidora que rechazaba cualquier hipótesis que no encajara en el orden universal de la naturaleza y del Cosmos. Fue por esta razón que rechazó los cultos dogmáticos de Egipto; no pudo verificarlos ni en el orden de la naturaleza ni por los dictados de sus facultades intuitivas.

Finalmente llegó a una interpretación de la leyenda de la visión de Jacob que era tanto mítica como racional. Identificó al ángel con el que Jacob había luchado y los que Jacob había visto en la escala que conectaba el cielo con la tierra como las fuerzas de la naturaleza y los poderes de la conciencia del hombre, tanto visibles como invisibles.

Consideró que estos ángeles o fuerzas eran el lazo que unían al hombre con Dios. Tenía una concepción esotérica de Dios a quien identificaba con la gran ley universal, la totalidad de las leyes que gobiernan la vida y el cosmos -el poder invisible y omnipotente detrás de todas las manifestaciones del universo visible. Llegó a la conclusión de que si el hombre debe llegar a Dios, primero debe hacerse dueño de todas las fuerzas que son manifestaciones de Dios -las manifestaciones de la Ley. Dividió estas fuerzas en dos grupos: las fuerzas visibles de la naturaleza y los poderes invisibles de la conciencia del hombre.

Cuando Jacob conquistó el ángel, le fue dado el nombre de Israel, que significaba "fuerte con la Ley" (pero posteriormente fue interpretado exotéricamente como "fuerte con el Señor"). Era en verdad el ideal de Moisés, cuando comenzó el Exodo, hacer a su pueblo "fuerte con la Ley" -hacer de los israelitas el pueblo de la Ley.

Este propósito básico le acompañó toda la vida desde el momento en que comenzó el Exodo, y todo cuanto hizo giró alrededor de este propósito central e intuitivo.

Se esforzó por crear un sistema de vida que hiciera posible a su pueblo penetrar en la quintaesencia de la Ley, en el misterio de la divinidad. Quería que conquistaran a los ángeles así como su antepasado Jacob lo había hecho. Este fue en realidad el fundamento de las ciencias ocultas que habrían de tener tan vasta influencia en las especulaciones metafísicas posteriores. Fue el principio de la ciencia mística posteriormente conocida como angelología o la ciencia de los ángeles por Flavio Josefo, el historiador judío, por Filo, el filósofo alejandrino. Fue, en verdad, una ciencia simbólica, pero una ciencia analítica más que mística.

La tradición de la ciencia de los ángeles apareció posteriormente en muchas otras religiones de la antigüedad, incluyendo el cristianismo. Sus elementos básicos fueron incorporados en la Kabala, el sistema místico más profundo del mundo occidental, y en la

Francmasonería que aún preserva un gran número de los símbolos y principios fundamentales establecidos por Moisés.

En la angelología las fuerzas de la naturaleza estaban divididas en los mismos elementos que aparecían en el Arbol de la Vida: el sol, el aire, el agua, la tierra, la vida, la alegría y la totalidad de las fuerzas de la naturaleza, la Madre Terrenal. Este grupo de siete fue conocido como el reino de la Madre Terrenal. Moisés enseñó a sus seguidores a pasar un rato cada mañana en la contemplación de una de estas fuerzas de la naturaleza. Cada día de la semana debían comulgar intuitivamente con uno diferente de los siete ángeles del reino de la Madre Terrenal.

En el segundo grupo de siete estaban los ángeles del Padre Celestial, los poderes de la conciencia del hombre que correspondían a las fuerzas representadas por las ramas del Arbol de la Vida. Estos eran los poderes inmateriales e imponderables, por encima del tiempo y del espacio, invisibles y dinámicos. A estos poderes les fueron dados los nombres de amor, sabiduría, poder, trabajo creador, vida eterna, paz y de la totalidad de ellos -el Padre Celestial. Juntos constituían el reino del Padre Celestial. Cada noche los seguidores de Moisés debían comulgar con uno de estos siete poderes: uno diferente de los siete poderes de la conciencia del hombre, que correspondían a cada noche de la semana.

El deseo intuitivo de Moisés era el de hacer al hombre consciente de que vive en un paralelogramo de fuerzas en un universo dinámico. Quería que sus seguidores se percataran de que la vida es un efluvio perpetuo de energía y de que el hombre está en contacto constante con todas las fuerzas de la vida y del universo en todo momento de su existencia y en todos los puntos de su ser. Les demostró que si el hombre se pone en contacto con estos poderes -simbólicamente interpretados como ángeles- y se hace consciente de ellos, disfrutará de perfecta salud y energía en su cuerpo, habiéndolo transformado en un aparato eficiente para absorber las fuerzas de la naturaleza. Enseñó que el hombre puede también transformar su mente, su sistema nervioso, toda su conciencia, en un aparato tan receptivo para todos los poderes imponderables. Puede tanto recibir como transmitir estos poderes y elevarse así por sobre el tiempo y el espacio, creando un contacto con el infinito océano de energía cósmica. El hombre puede sí utilizar todas las fuerzas de la naturaleza y los poderes de su mente y de su conciencia como fuentes de energía, armonía y conocimiento. Fue esta concepción dinámica de la vida, unida a la inagotable fuente de energía y de poder detrás de él, lo que le permitió realizar tareas aparentemente imposibles y de incomparable magnitud.

En la práctica de las comuniones con los ángeles de la Madre Terrenal y del Padre Celestial primero preparó al pequeño grupo de discípulos selectos que cuidaban de que la Luz Eterna ardiera en el Tabernáculo. Las tradiciones de esta práctica fueron preservadas a través de los tiempos. Su renacimiento en las Hermandades Esenias del Mar Muerto y del Lago Mareotis, en Egipto, fue registrado por Flavio Josefo, Filo y otros escritores del siglo primero.

De acuerdo con estas tradiciones esenias, Moisés trajo las comuniones del Monte Sinaí al pueblo de Israel. La esencia de las siete comuniones con los ángeles de la Madre Terrenal y de las siete comuniones con los ángeles del Padre Celestial fueron grabadas en tablas de piedra. Pero cuando Moisés encontró a su pueblo danzando alrededor del becerro de oro rompió las tablas, ya que no estaban listas para estas enseñanzas. Posteriormente Moisés trajo otras dos tablas de la montaña y en ella estaban escritos los Diez Mandamientos.

La actitud de Moisés en este momento trágico de su vida fue una combinación de desprecio y de comprensión de la naturaleza humana. Tuvo que soportar la eterna tragedia del genio que es incapaz de elevar a sus seguidores hasta las alturas que ha alcanzado. Parecería como si Moisés hubiera llegado demasiado pronto. La humanidad no estaba lista para las comuniones hace tres mil años y no está lista para ellas aún hoy. Puede tomar todavía cientos de generaciones antes de que la humanidad alcance el grado de evolución psicofisiológica que le permita una vida plena y armoniosa en comunión con las fuerzas de la naturaleza y las de la conciencia superior.

Este trágico momento en la vida de Moisés ha sido recreado majestuosamente en una gran obra maestra de la escultura -la estatua de Miguel Angel de Moisés en el monumento al Papa Pío XIII en Roma. Pocas veces escapa un visitante a esta estatua de su tremendo impacto emocional. Rodina dijo de ella que la combinación de poder dinámico y de perfecta inmovilidad era trascendente. Crea la impresión de un león en reposo, y de un volcán justo antes de una erupción. El genio intuitivo de Miguel Angel comprendió este momento trágico de la vida de Moisés, y su interpretación perfecta en esta estatua del más grande de los profetas tiene una profunda significación interior.

El ideal de la grandeza en la concepción mosaica de la vida no era la de un santo anémico en emociones, ni de ninguna otra clase de figura sintética. Su arquetipo de un gran hombre era el de uno en quien las emociones poderosas y las aún más controladas fuerzas estaban fundidas en una inmovilidad triunfante.

Es el conflicto de los dos poderes y el triunfo del superior lo que es la marca de la grandeza. En esto está la influencia de la antigua concepción zoroástrica de la lucha entre dos fuerzas opuestas como un principio universal.

El genio de Miguel Angel penetró aún en esta concepción profundamente esotérica, pues en la cabeza de Moisés hay dos cuernos. Son idénticos a los dos cuernos que se muestran por doquier en el dios Pan, el dios de los bosques de la mitología griega -el dios que representaba la vida en su plenitud, que manifestaba emociones poderosas y aún instintos animales. En la concepción bellamente realista de Miguel Angel sobre Moisés y en la filosofía mosaica, los dos cuernos significan que el gran hombre de genio alberga en su interior las mismas pasiones y emociones que mueven al hombre ordinario. Las dos tablas al lado de Moisés representaban la Ley, indicando que las emociones inferiores del hombre deben ser sublimadas en emociones superiores de armonía individual y cósmica. La estatua de Miguel Angel tiene un profundo simbolismo y ofrece una filosofía más profunda que los cientos de volúmenes teológicos que han influido en la historia de la iglesia.

Después del momento crucial en la vida de Moisés cuando descendió del Monte Sinaí y encontró a su pueblo adorando al becerro de oro, dio la enseñanza esotérica solamente a unos pocos seguidores escogidos. Estos pocos preservaron las tradiciones, y fueron transmitidas a las generaciones sucesivas. Se sabe que estas enseñanzas esotéricas fueron practicadas por las Hermandades Esenias del Mar Muerto y del Lago Mareotis durante los cinco siglos que precedieron a la era cristiana.

Por aquellos de su pueblo a quienes no encontró listos para su enseñanza esotérica, Moisés dio los Diez Mandamientos. Estos eran más concretos y más fáciles de comprender. Los consideró como una ley adecuada para la nación y más apropiados al grado de evolución del pueblo como un todo. Son una obra maestra única en su sencillez y brevedad. No tienen ni la profunda plenitud ni la majestad cósmica de las comuniones con los ángeles, pero tienen un gran poder. Son el código de leyes más breves de la historia -mucho más concisos que la ley romana o que el código de Napoleón. Los mandamientos eran suficientemente sencillos para ser comprendidos por cualquiera, independientemente de su grado de evolución. Moisés quiso que fueran tan claros y prácticos que los primitivos habitantes de Israel pudieran contarlos con los diez dedos y así recordarlos. No eran un sustituto para las comuniones, pero tenían un efecto tremendo sobre la humanidad. A través del judaísmo llegaron al cristianismo y a través del cristianismo a todas las iglesias del mundo occidental.

Moisés era un genio demasiado grande para crear algo que fuera unilateral o estático, aún el Decálogo, el término griego para estas leyes sustitutas. Aunque tuvo que modificarlas al grado inferior de evolución de las masas, no obstante, contenían un significado y un simbolismo profundos.

Fue típico de su modo de pensar el que dividiera los Diez Mandamientos en dos grupos, así como había dividido las comuniones esotéricas. Cada grupo contenía cinco mandamientos. Los cinco primeros eran mandamientos positivos que gobiernan la relación del hombre con los poderes y fuerzas cósmicas del universo, mientras que los segundos las relaciones entre hombre y hombre. Los últimos eran las reglas para

mantener la disciplina cuando las leyes eran poco practicadas. Cada uno de ellos estaba redactado en forma negativa comenzando con estas palabras: "No harás". Eran mandamientos especialmente para las masas sin educación ni disciplina, que no podía penetrar en el más profundo significado de la vida ni comprender que todo acto en la vida del hombre deberá ajustarse al orden cósmico y a la armonía con las leyes de la naturaleza y de su propia conciencia superior.

Para los que poseían una comprensión en algo superior, capaces de aprehender la idea de un orden cósmico y de la necesidad de vivir en armonía con él, Moisés dio los primeros cinco mandamientos.

La traducción literal del primero de estos es: "Como soy el Señor tu Dios que te sacó de la tierra de Egipto, de un estado de esclavitud, no tendrás otros dioses a mi lado". Esta es una expresión maravillosa de la unidad del universo, de la vida y del hombre. En la totalidad de las leyes hay una Ley universal: las palabras "no tendrás otros dioses" significan que el hombre no tiene que crear leyes artificiales, ya que no existe ley alguna sino la Ley una y primordial de la que se derivan todas las demás leyes de la naturaleza y de la conciencia del hombre.

La frase "que te sacó de la tierra de Egipto, de un estado de esclavitud", significa que es un esclavo el hombre que no comprende ni practica la Ley, que sólo la Ley puede libertarle. La libertad consiste en la comprensión de la Ley y la voluntaria observancia de ella. A través de la historia el hombre ha fabricado continuamente leyes que son artificiales y que se desvían de la Ley primordial de la vida y del universo. Esta es la fuente de todas sus dificultades.

El siguiente mandamiento, "No tallaréis para vosotros imagen alguna en forma de cuanto hay en los cielos o en la tierra, o en las aguas bajo la tierra", expresa un principio importante pero menos frecuentemente reconocido -el de la totalidad de la Ley. El hombre es así amonestado para que no base su vida en un fragmento de la Ley, sino la base en la totalidad de ella, en la totalidad de todas las leyes. La naturaleza no debe ser considerada como el principio supremo. Esto fue revelado por Moisés hace más de tres mil años, diez siglos antes de que la filosofía griega la convirtiera en uno de los fundamentos del pensamiento occidental. Los filósofos milesios de la escuela jónica se consideran generalmente como el ejemplo de los esfuerzos de la mente humana por interpretar la vida y el universo. Tales, Anaxímenes y Anaximandro, tomaron cada uno un principio único -el agua, el aire y el infinito- como la quintaesencia del universo. Cada uno de ellos identificó el elemento que habían escogido como el universo mismo. El genio de Moisés fue mucho más universal. No cayó en el error de la unilateralidad, pues sus conceptos fueron siempre grandes síntesis. La validez eterna de este segundo mandamiento reside en su consejo al hombre de no ser unilateral y no tallar imagen en forma alguna, porque todo en la vida y en el universo es una unidad de energía eternamente cambiante, no una cosa material y estática. El hombre, por tanto, cae en un error cuando trata de hacer visible lo invisible, y adorar lo que es formado y estático, en lugar de lo que es real y dinámico. Moisés fue un profeta del dinamismo; enseñó un universo dinámico, no de imágenes talladas ni pedazos estáticos de piedra o de madera; enseñó las fuerzas de la naturaleza y los poderes de la mente.

"No invocarás el nombre del Señor tu Dios con mal intento". Este mandamiento era un recordatorio de que una gran intuición conecta al hombre con la divinidad, con la Ley. Esta experiencia intuitiva es lo que se llama "religión" -una palabra derivada, quizá occidentalmente, del latín "religere", conectar.

La religión es así lo que conecta al hombre con el universo. El mandamiento instruye al hombre a considerar la Ley sagrada, como su más valioso tesoro, nunca en manera alguna para ser asociada con cosas banales y triviales. Como símbolo de la conciencia del hombre, la Luz Eterna en el Tabernáculo era un recordatorio perpetuo de la Ley, reverencia que era prescrita por este mandamiento. En hebreo la palabra para ley es "Torah", que significa "el bien supremo".

"Cuidad de guardar sagrado el Sabat; durante seis días laborarás y harás tu trabajo, mas en el séptimo día no trabajarás". El cuarto mandamiento dado por Moisés al pueblo

ha sido interpretado muy unilateralmente por las iglesias. El había dividido la semana en siete días que correspondían a las siete comuniones con los poderes cósmicos. La séptima de estas comuniones no era con un ángel de los poderes cósmicos como los otros seis, sino con el Padre Celestial mismo. Significaba que un día en el ciclo de siete días el hombre deberá apartar su atención del universo material y de los asuntos materiales y tratar de penetrar en los misterios más recónditos de la conciencia. Deberá esforzarse por realizar la unidad de su conciencia con la Ley, así como la unidad de la vida con todas las formas existentes de energía. Los esenios, en sus hermandades, iban aún más lejos y ayunaban en el séptimo día para que ninguna rutina diaria interviniera entre la conciencia humana y la conciencia cósmica. La comunión en el séptimo día era la contemplación pura de la unidad cósmica. Por la observancia de los períodos cíclicos semanales el hombre promovería su evolución individual a grados de percepción cada vez más elevados y así, por el efecto acumulativo de esfuerzo y de concentración, penetrará cada vez más profundamente en el Principio Supremo del Cosmos.

“Honra a tu padre y a tu madre para que puedas vivir largo tiempo en la tierra”. En el mandamiento positivo final “Padre” y “Madre” tienen el mismo significado que en las comuniones con los ángeles. Con “Padre” quiso decir “Padre Celestial” y con “Madre” la “Madre Terrenal”. Honrar a la Madre Terrenal es honrar las fuerzas de la naturaleza que fueron identificadas con los ángeles de la Madre Terrenal y así vivir de acuerdo con la Ley para gozar de una perfecta vitalidad, de salud y de larga vida sobre la tierra. Honrar al Padre Celestial significaba reverenciar y obedecer a la totalidad de los poderes de la conciencia individual y de la conciencia cósmica y utilizar estos poderes como fuentes de energía y de armonía. Así el hombre habría de tener vida perdurable, pues estos poderes imponderables representaban fuentes de energía inagotables en el infinito océano cósmico de la vida, que existen por encima y por fuerza del tiempo y del espacio en la infinitud de la eternidad.

Estos, entonces, fueron los cinco mandamientos positivos dados por Moisés a aquellos de su pueblo capaces de meditar y que sentían la necesidad de comprender los problemas últimos de la vida y del universo. De acuerdo con la concepción moisaica, el hombre era un ser a mitad del camino entre el animal y Dios. Estos cinco mandamientos pretendían ayudarlos a acercarse a Dios, a la Ley, a una vida en armonía completa con la Ley.

Los cinco mandamientos negativos eran para el resto del pueblo, cuya mayoría era incapaz de sublimar sus instintos animales en valores creadores superiores; para aquellos que eran esclavos de sus pasiones y de sus emociones e instintos más bajos heredados de la lenta y larga evolución ascendente a través del reino animal. Moisés fue un realista que tuvo plena conciencia de la naturaleza animal del hombre. Estos mandamientos negativos decían al hombre lo que no debía hacer, en relación con sus semejantes, cosas que eran violaciones de la Ley. No debe cometer crimen ni adulterio; no debe robar ni dar falso testimonio contra el prójimo; no debe codiciar a la esposa del prójimo ni envidiar sus posesiones, ni su casa, ni sus campos.

Aquellos a quienes fueron dados estos mandamientos ya no eran esclavos de los egipcios, pero aún estaban cautivos de sus propias emociones inferiores. Moisés consideró que la esclavitud tenía dos aspectos; uno impuesto a los individuos por factores externos, el otro creado por la persona misma a través de sus desviaciones de la Ley. Moisés tuvo una profunda comprensión de la naturaleza humana más profunda, en verdad, que la de la mayoría de los pensadores de la antigüedad, y su enseñanza dada a través de las catorce comuniones y de los diez mandamientos hace más de tres mil años, es idéntica a la del psicoanálisis contemporáneo. Moisés sabía que las acciones del hombre están determinadas no por su lógica ni por su intelecto, sino por sus impulsos subconscientes, y que la esclavitud a estos impulsos crea un caos de represiones y complejos que resultan en la infelicidad de quien los sufre así como de quienes le rodean. Solamente por conformarse a la Ley puede el hombre transformar y sublimar sus poderes e impulsos instintivos en valores creadores superiores. Sólo entonces podrá libertarse de la esclavitud del peor de los amos -los impulsos no sublimados. Esta

profunda comprensión psicológica del hombre dictó a Moisés tanto el primer grupo de mandamientos positivos como los restantes cinco que son negativos.

Estos diez mandamientos fueron las instrucciones exotéricas dadas a las masas por Moisés, a aquellos de su pueblo incapaces de obedecer o, ni aún, de comprender las comuniones esotéricas con las fuerzas visibles de la naturaleza o los poderes invisibles del cosmos.

## **Moisés y nosotros**

### ***El sendero de la Ley***

Moisés no entró a la tierra de Canaán con su pueblo. Este hecho es uno de los misterios del Antiguo Testamento y ha confundido a muchos historiadores y estudiosos de la Biblia. Moisés organizó el Exodo, dio la Ley en el Monte Sinaí y refundió un grupo de pueblos en una nación. Creó la religión monoteísta que ha influido en la civilización occidental, con los Diez Mandamientos reguló todas las actividades de la vida de acuerdo con la Ley. Cuando todo fue realizado y el árbol que había plantado estaba pronto a dar frutos, terminó su trabajo; no cosechó el fruto. Subió al Monte Nebo y desapareció de la historia.

No se ha dado ninguna explicación satisfactoria de este acto al mundo en general. Pero en las tradiciones esenias, registradas en ciertos escritos apócrifos, toda la vida, la obra y la enseñanza de Moisés son atribuidas al dictado de dos grandes intuiciones que le sobrevinieron. Una fue la intuición inspirada por la antigua leyenda de Jacob y de los ángeles, la que fue responsable de la filosofía de Moisés de la vida vivida en armonía con los ángeles -es decir, con las fuerzas de la naturaleza y los poderes de la conciencia. Su propósito intuitivo al organizar al pueblo de Israel fue los dos aspectos -el temporal y el eterno. La nación de doce tribus, de religión monoteísta, del código de ética, del sacerdocio y el ritual que creó, fueron todos logros temporales, perfectamente adecuados para la época y acordes con el grado de evolución de la humanidad en ese tiempo. El gran genio de Moisés reside en su capacidad para adaptar los valores eternos de sus intuiciones y sus revelaciones a las necesidades de la época.

Pero su obra maestra más grandiosa fue su enseñanza esotérica. Y la idea conductora en esta fue la imagen de Enoch.

Si se analiza la quintaesencia de la enseñanza de Moisés, se encontrará que sus verdaderos seguidores fueron los profetas de Israel, los esenios del desierto y los cabalistas de la Edad Media en lugar del sacerdocio de Aarón con sus ritos practicados en el Tabernáculo. Los que continuaron el aspecto eterno de su enseñanza estaban mucho más cerca de la intuición original que los que preservaron el aspecto formal y temporal de su obra.

El patriarca Jacob, ofrece un ejemplo similar de valores temporales y eternos combinados. Jacob tuvo doce hijos, once de los cuales continuaron las obras prácticas del patriarca y fueron el fundamento del grupo de emigrantes que llevó consigo la idea embrionaria del monoteísmo y de las tradiciones mosaicas posteriores. Jacob amaba a los doce hijos, pero al que más amaba era a José, el soñador, que lograba menos que cualquiera de los hermanos en lo material. Pero su padre lo sentía más cercano a su corazón y amaba al joven por sus profundas intuiciones como las suyas propias y podía percibir lo invisible detrás de lo visible y lo eterno allende lo temporal. En el mismo sentido, los profetas de Israel tuvieron más afinidad con la filosofía de Moisés que la tuviera Aarón, que se concentró en la preservación de las tradiciones que inevitablemente se hicieron estáticas con el transcurso del tiempo. Los profetas, los esenios y los cabalistas vivieron en una conciencia dinámica, en comunión permanente con lo eterno, tuvieron una sed insaciable de comprender la relación del hombre con el universo y con las realidades sin aspectos formales, las que por siempre se manifiestan en las leyes de la naturaleza y de la conciencia superior. Sólo ellos pudieron comprender el cumplimiento de la concepción y de la meta esotéricas de Moisés alcanzadas en el Monte Nebo.

Al interpretar esta meta en forma más amplia, se puede comparar el logro de Moisés con el ideal más alto creado alguna vez -la concepción brahmánica del objetivo final de la vida humana.

De acuerdo con la tradición brahmánica, una vida completa en la tierra consistía en cuatro períodos de realizaciones. Los tres primeros eran períodos de preparación y adiestramiento para el logro supremo del cuarto. El primer período de la juventud estaba dedicado a la educación y al estudio de adquirir la quintaesencia del conocimiento

obtenido por las generaciones anteriores. Este período era considerado como la preconición de una vida completa. En la vida de Moisés estaba representado por el período de Egipto cuando adquirió el conocimiento de las tradiciones y de la cultura egipcias -en ese tiempo la civilización más alta del mundo. Este constituyó el primer período brahmánico de su vida.

El segundo ciclo, de acuerdo con la concepción brahmánica, era la vida familiar, la crianza de una familia en el cumplimiento armonioso. Este fue el período en la vida de Moisés en el que habitó con su familia como un pastor en el desierto.

El tercer ciclo de la forma brahmánica de vida era el de la participación activa y creadora en los asuntos de la sociedad humana, contribuyendo a la promoción de la justicia y al mejoramiento de la calidad de las instituciones humanas. Este período correspondió a los cuarenta años de Moisés después del Exodo en el que condujo a los hijos de Israel y creó una nueva nación. Sirvió no solamente como cabeza y comandante supremo, sino también como legislador y fundador de una nueva religión y una nueva ética. Moisés cumplió los requisitos del tercer ciclo brahmánico más cabalmente que cualquier otro de los grandes conductores de la humanidad.

Finalmente, en el cuarto ciclo de una vida completa, el individuo llegaba al más alto de todos los deberes, tras haber adquirido el conocimiento tradicional disponible, haber cumplido con su deber en una armoniosa vida familiar y haber ayudado a la humanidad en las esferas social, ética y económica. De acuerdo con la concepción brahmánica, este deber era su unidad con la Ley que gobierna el universo, su unidad con las fuerzas de la naturaleza, y la unidad de su conciencia humana con la Conciencia Cósmica.

En la antigua India este ideal del último ciclo de la vida humana se manifestaba por el retiro al bosque. Y en la vida de Moisés se manifestó en forma similar cuando alcanzó el cumplimiento de su vida por su desaparición en el Monte Nebo.

Este suceso marcó la realización final de la intuición básica que había vivido en su corazón durante toda la vida. Para él era un ideal más alto que la creación de una nación o ritos o tradiciones, independientemente de la importancia que tuviese -este cumplimiento místico de una gran vida llevó a Moisés a retirarse al Monte Nebo.

Muchas críticas de la Biblia se pierden en los detalles del Antiguo Testamento. Se han concentrado en las enseñanzas temporales y han descuidado las que son eternas. Se han preocupado de las instrucciones formales que nos parecen hoy inadecuadas y hasta ridículas para la vida. Han dejado de lado o han rechazado el contenido más importante del Antiguo Testamento -sus valores eternos. Suya es la clase de crítica que dice: "Ahí va un bigote, y a este bigote hay un hombre adherido, y el bigote es ridículo". Pero no se dice una palabra del hombre mismo, pues se le considera como un mero apéndice incidental del bigote. Esta es la actitud de aquellos cuya principal preocupación es con los elementos anacrónicos de la enseñanza de Moisés.

Pero hay en su enseñanza lo que tiene validez eterna y gran valor para el hombre de hoy. Más aún, ésta continuará siendo suprema en su importancia mientras los hombres habiten el planeta. Moisés, el filósofo de un universo dinámico, creía en el efluvio eterno de fuerzas vitales tanto en la naturaleza como en el hombre. El consideraba al hombre y al universo no como entidades de materia, sino como unidades de energía. Unos tres mil años después, otro filósofo, Bergson, llamó a esta energía "Elán vital". Consideraba que la armonía surgía siempre que este efluvio vital, presente por doquier en el universo, no fuera estorbado.

Egipto, en la filosofía de un universo dinámico, es el aspecto del hombre en el que el libre flujo de esta energía vital está obstruido. Desde el nacimiento hasta la muerte siempre hay alguna obstrucción. Pero también hay un Exodo, una salida de esta cadena de Egipto. Los Egiptos del hombre comienzan en su primera infancia cuando el maravilloso aparato receptor de su sistema nervioso siente el impacto de todas las influencias inarmónicas de su ambiente. Estas inarmonías crean diversas clases de limitaciones al niño, las que probablemente le acompañarán el resto de su vida. Estas limitaciones constituyen el primer Egipto o cautiverio en la vida de un hombre. Se entra a un segundo Egipto en el ciclo de la educación cuando el niño recibe una pseudo-guía en

la escuela, en la que se le rellena con toda clase de tradiciones y de principios estáticos y petrificados. Más tarde en la vida entran en conflicto perpetuo con las realidades de la existencia fuera de la escuela y con las tendencias interiores que el niño encuentra que se desarrollan dentro de sí. Aquí está la causa de otra limitación que es posible que le acompañe toda su vida.

Con la llegada de la adolescencia y el despertar de las energías sexuales, se imponen limitaciones adicionales al niño, y cuando éstas causan represiones se convierten en fuente de neurosis que pueden influir sobre sus actos en forma permanente. Todos los diferentes complejos que interfieren con su felicidad o aún con su utilidad y su desarrollo normales surgen bajo la presión de una educación errónea, de un ambiente defectuoso, de un afán de posesiones, egoísmos y otras actitudes erróneas. Estas y otras formas de guía inferior del adolescente constituyen el tercer Egipto del hombre.

Más tarde en la vida aparecen las presiones ejercidas por la esfera económica, que pueden condenar a un hombre a pasar años en rutina monótona, o a trabajar con espíritu agresivo y de competencia en lugar de hacerlo en una cooperación armoniosa con las leyes de la naturaleza. El hombre se encuentra a sí mismo en otro cautiverio de Egipto que le impide el libre flujo del elán vital tan sagrado en la filosofía de Moisés.

Otro Egipto aparece en forma de una mala salud y de diversas enfermedades a las que el hombre es proclive. Los órganos vitales se retardan o dejan de funcionar apropiadamente, y la vitalidad del cuerpo entra en un nuevo cautiverio. El Egipto de la vejez y de la soledad conduce todavía al hombre a otro cautiverio, y finalmente el temor a la muerte lo esclaviza, ya que un individuo que no ha podido vivir una vida libre no podrá hacer frente a la muerte armoniosamente.

Estos siete Egiptos, estos siete cautiverios, encadenan al individuo. Pero al mismo tiempo siempre hay una luz -la Luz Eterna- que nos muestra el camino del Exodo. Siempre hay un camino para liberar el elán vital -un camino para evitar que se petrifique. Para cada uno de nosotros siempre hay un Exodo. El hombre puede liberarse del cautiverio de su pseudo educación estática al observar la naturaleza y penetrar en su propia conciencia. Todos los hombres reciben dos clases de educación: la que le dan los demás y la que se dan ellos mismos. Esta última es la más importante, pues es el éxodo de la educación errónea de la juventud.

El Exodo del caos emocional de la adolescencia y de la temprana edad adulta se encuentra en el despliegue armonioso de las tendencias naturales del individuo o la sublimación de las que su ambiente le prohíbe expresar. La psicología moderna ofrece ayuda al hombre contemporáneo en la utilización de sus fuerzas desatadas y la creación de la armonía de la inarmonía.

Del Egipto de las limitaciones económicas está el éxodo de la vida sencilla, de aprender a reconocer los valores verdaderos en lugar de los falsos, de vivir acorde con ellos, libre del cautiverio de las posesiones y de las cosas materiales. La única libertad consiste en el mínimo de necesidades.

El éxodo de la enfermedad reside en vivir una vida natural en armonía con las leyes de la naturaleza, de modo que se evite el deterioro físico y se destierre la enfermedad. La moderación en el vivir, el evitar los hábitos dañinos, el disfrute del aire fresco y de la luz del sol, el ejercicio, la relajación y un armonioso equilibrio en el trabajo, hacen posible el escape del Egipto de la enfermedad.

Del cautiverio de la vejez hay también un éxodo similar -la conservación de la vitalidad. Cuando el hombre conserva la salud y la fortaleza hasta avanzada la vida, la vejez pierde todo impedimento, la debilidad y la enfermedad que están generalmente asociadas a ella. Al vivir una vida creadora el hombre también aumenta su longevidad y al mismo tiempo encuentra un éxodo del temor a la muerte. Pues la creatividad trae el conocimiento de las leyes de la vida, de la naturaleza y de la conciencia humana, lo que resulta en una vida armoniosa y una igual armonía ante la muerte. La comprensión de esta gran verdad fue demostrada por San Agustín cuando dijo: "La pompa de la muerte es más aterradora que la muerte misma". Es lo morboso de los ritos, de las supersticiones y de las ideas imaginarias asociadas con la muerte las que hacen aparecer

aterrador este fenómeno a algunos. Pero a quienes comprenden que es una transformación natural y rítmica de ciertas energías en otras formas de poder y que cada individuo es una parte inseparable de un universo infinito y una parte de la eternidad, encuentran un éxodo del séptimo Egipto. Tales personas saben que no hay un castigo de orden teológico después de la muerte y que el único infierno es el creado por el hombre dentro de sí mismo cuando se desvía de la Ley. Pocos hombres realizan su éxodo en todos los diferentes aspectos. Realizamos un éxodo parcial de las limitaciones puestas a nuestro elán vital cuando escuchamos una bella sinfonía, disfrutamos de un libro magnífico o contemplamos una gran obra de pintura o escultura. Ganamos un éxodo temporal del ritmo monótono de nuestro Egipto cuando nos absorbemos en las bellezas de la naturaleza y unimos nuestra conciencia con cuanto es bello, profundo y de verdadero valor. De acuerdo con la intuición de Moisés, tales momentos constituyen la verdadera vida del hombre; no su aparente vida diaria, sino esos raros intervalos forman el éxodo; no su Egipto, sino su éxodo hacia su verdadera vida.

El Egipto de la humanidad consiste en la totalidad de las desviaciones de la Ley. Los síntomas de este Egipto en el que la mayoría de los hombres viven hoy, han vivido en el pasado y vivirán mucho tiempo en el futuro son la ignorancia, la violencia, la intolerancia, la persecución y la destrucción. La humanidad todavía no ha aprendido a transformar sus instintos e impulsos atávicos inherentes en poderes creadores. La humanidad todavía no ha alcanzado ningún grado apreciable de madurez emocional. La gran mayoría de los hombres todavía no han penetrado en el significado interior de los grandes pensadores que en todas las épocas han enseñado las mismas verdades. Por consiguiente, las enseñanzas superiores han sido despreciadas. No ha habido un año en la historia universal sin guerras, violencia y destrucción. Y no lo habrá hasta que el hombre de un paso hacia adelante en su evolución individual.

La humanidad en su cautiverio de Egipto no ha percibido todavía la ley de la vida que se manifiesta en su propio organismo, en el que todos los órganos cooperan armoniosamente con sus semejantes y trabajan incesantemente para preservar y perpetuar la vida del cuerpo entero. Los órganos del hombre no luchan entre ellos, no se destruyen entre ellos. El mundo en el que vive el hombre de hoy no es mejor que el del Egipto temporal de hace tres mil años. Quizás es aún peor, pues después de dos guerras que involucraron a la mayoría de las naciones del planeta, el hombre parece esperar una tercera guerra mundial. Y millones mueren de hambre, niños en más de una tercera parte. Este es el Egipto en el que el hombre vive hoy; y no se ha hecho mucho para comenzar el éxodo de él.

Se han hecho muchos intentos. Ha habido grandes maestros y grandes escuelas filosóficas que han tratado de poner al hombre en el sendero de un éxodo parcial y temporal de su empeño. Pero en todos los diversos renacimientos y movimientos de la literatura el elán vital tarde o temprano se ha retardado y en el curso de los siglos se ha petrificado en dogmas desesperadamente estáticos.

Las piedras miliarias de estos éxodos intentados por la humanidad han sido marcadas por grandes maestros como Zaratustra, Buda, Moisés, Jesús, Sócrates, San Francisco de Asís y muchos otros pensadores, soñadores, utopistas y realistas. Todos hicieron cuanto pudieron para ayudar a la humanidad a hacer un éxodo.

Pero éxodo no significa un atajo. Ninguna teoría ni sistema filosófico puede cambiar a los seres humanos de un día para otro. No pueden convertirse repentinamente en seres perfeccionados y transformar el caos mundial en un paraíso. Tiene que recordarse que la generación que comenzó el éxodo bajo Moisés no lo sobrevivió para entrar a la tierra de Canaán. Ese éxodo tomó cuarenta años, pero fue únicamente un principio en el sendero del aprendizaje para vivir en armonía con las leyes de la vida, de la naturaleza y del cosmos. Únicamente la influencia acumulativa de muchas personas en el transcurso de muchas generaciones habrá de lograr un verdadero éxodo para la humanidad.

Pero puede lograrse y será logrado. El Egipto del cautiverio del hombre no es eterno. Cuando el hombre analice la quintaesencia de su existencia, conocerá que los misteriosos efluvios de vitalidad que continuamente crean generaciones, culturas y civilizaciones a

través de las épocas, son sempiternamente existentes y presentes por doquier para que el hombre las utilice. Canaán no es ninguna utopía mística; es una realidad. El Exodo es el camino que conduce a Canaán.

Si el hombre considera la marcha triunfal de la vida en este planeta desde la ameba microscópica y gelatinosa hasta un Sócrates o un Leonardo de Vinci, un Newton, un Einstein o un Bernard Shaw, entonces se percatará de que el efluvio de vitalidad es en verdad inagotable y eterno. La quintaesencia de la vida es más vida, y no hay un límite para la fuente eterna del elán vital que el hombre posee. La humanidad continuará su marcha triunfal y llegará a la otra tierra de Canaán. Logrará la armonía omnilateral -tanto para el individuo como para la raza- y alcanzará la meta suprema de Moisés, el más grande de los profetas. La observancia de esta filosofía dinámica y omnilateral, del principio eterno de su enseñanza, llevará al hombre, no en la era actual, sino a largo plazo, a ese Canaán universal.

Este es el imperativo categórico que conducirá al hombre por el sendero hallado por este titán de la humanidad quien, como Enoch, "caminó con Dios y no era; pues Dios lo tomó".



## **INDICE**

|  |    |
|--|----|
| El sendero de la conciencia                          | 4  |
| El sendero de la naturaleza                          | 5  |
| El sendero de la cultura                             | 6  |
| La creación del cielo y de la tierra                 | 8  |
| La creación de la luz, las tinieblas y el firmamento | 12 |
| La creación del hombre                               | 17 |
| La caída del hombre                                  | 18 |
| Moisés, príncipe de Egipto                           | 22 |
| Moisés en el desierto                                | 27 |
| Moisés y los israelitas                              | 32 |
| Moisés y nosotros                                    | 38 |